

Versión Imagen

Relaciones culturales entre Venezuela y España 1900-1935

● **Leonardo Carvajal**

Escuela de Educación/UCV

MOTIVACION

No nos conocemos demasiado. De allá para acá, fueron Serrat y Julio Iglesias hace unos años. Y ahora, Mecano y Almodóvar los que convulsionan a los grupos juveniles y otoñales. Goytisolo y Cela, también, pero a muchísimos menos. El Rey, su sonrisa franca, premio Simón Bolívar, con Mandela, en 1983. Los partidos de Barca, de Real Madrid, del Sevilla, en directo, por la TV sabatina o dominical. El enésimo Raphael, de visita casi todos los años. Al igual que la Durcal. Y, muy de vez en cuando, Els Joglars o la Cristina Hoyos. Y, por supuesto, Felipe González, de pana y cuello abierto, visitando a don Rómulo Betancourt, en los setenta, recaudando fondos y consejo para el semiclandestino PSOE. Y Felipe González, de corbata y vara larga de líder mundial, apurando a Carlos Andrés Pérez, en los noventa, para que aprovechemos el crédito, blando y atado de 1000 millones de dólares que nos ofrece. Ha! y desde que tengo memoria, desde los cincuenta, los Ordóñez y los Dominguín, hasta llegar a los Ortega Cano, pasando por el inefable Manuel Benítez.

Y de aquí para allá, mucho, infinitamente menos. Y eso apenas de dos años para acá. Porque casi, casi, Venezuela fue descubierta por los españoles a partir de Cristal. Con ella empezamos a existir, a ser, a tener un habla, un deje, una textura de piel, a ocupar un lugar preciso en el mapa, diferenciando del territorio genérico donde habitan los sudacas. Y en pleno boom de nuestro segundo producto de exportación, las esperpénticas telenovelas, el Premio Príncipe de Asturias de literatura para un venezolano cuya mejor obra. **Las Lanzas Coloradas** fue publicada hace sesenta y un años, en aquel París surrealista donde Arturo Uslar Pietri hacía peña con los predestinados Miguel Angel Asturias y Alejo Carpentier. Ahora, el gran público español lo conocerá por su recentísima e inferiorísima **La visita en el tiempo**, por el Premio y, sobre todo, por ser com-

patriota de Jeanette Rodríguez y de Carlos Mata. Más allá de lo dicho y de un Carlos Andrés Bello, ¿qué se conoce de Venezuela en España?. No me toca a mí responder. Pero si tal es el presente, ¿cabe pensar que en alguna otra época en que el mutuo conocimiento y acercamiento, naturalmente entre las élites, haya sido más estrecho?.

Ese es el sentido de este artículo. Pues sostengo que hubo, durante las primeras décadas de este siglo, una relación más cálida y significativa entre venezolanos y españoles. Trataré de mostrarlos a través de cinco cuadros, tratado todos - y esto es importante recalcarlo de entrada - con la técnica de la exploración puntillista. Porque no pretendo agotar ningún tema sino, más bien, delinear pistas para una investigación sistemática que podría y debería hacerse al respecto.

1. Un venezolano, Rufino Blanco Fombona, Gobernador en la España republicana.

A mediados de 1945 una Corte especial para la represión franquista en España condenó al venezolano Rufino Blanco Fombona, en ausencia, a doce años y un día de prisión, con absoluta y perpetua prohibición de ocupar cargos públicos en tal país.(1)

Cierto que se le condenaba en ausencia y por partida doble. Porque Blanco Fombona no sólo había abandonado España desde 1936, sino que había muerto, en 1944 a los sesenta años de edad.

Pero esta condena póstuma por parte del aparato judicial franquista no hacía sino poner coherente colofón a una larga lista de persecuciones que Rufino Blanco Fombona padeció en España en los tiempos en que en ésta rigieron gobiernos dictatoriales.

En 1923, en efecto, las autoridades españolas, a petición del gobierno venezolano, secuestraron e incineraron su libro **La máscara heroica**, diatriba contra el gomecismo. Sin embargo, siguió circulando la obra en ediciones clandestinas y, ese mismo año, los intelectuales españoles efectúan una sesión solemne en el Ateneo madrileño para leerla públicamente.(2)

También fue en los años veinte cuando se suprimieron los títulos de sus libros de los catálogos de la Biblioteca Nacional de Madrid y cuando fue detenido

por asistir a un banquete de intelectuales, conjuntamente con Francisco Largo Caballero, Alvaro Albornoz y Fernando de los Ríos.

Rufino Blanco Fombona fue, y es una de las caras de su personalidad, hombre político, sujeto como tal a los avatares de la lucha. Exiliado de la Venezuela gomecista, residió en España desde 1914 a 1936, retornando a Caracas a los pocos meses de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez. Mantuvo implacable campaña periodística y novelística en contra del régimen gomecista, participando en la organización de la fracasada expedición revolucionaria de Falke en 1929. Pero también vivió intensamente la política española. En qué bando estuvo lo aclara un texto suyo de 1929:

"Pero es que al lado de esa España cavernaria, retardataria, católica, monástica, monárquica, pétrea, feroz, odiosa -esa España de Solana, de Regoyos, de Verhaeren, del Escorial, de los obispos, de los nobles, de los reyes, de la persecución, del militarismo, del capitalismo, de las represiones, de la censura, de la mentira política, del formalismo, de la incuria, del robo y del crimen- hay otra España, una España de alma nueva, de ímpetus audaces, una España toda aurora, toda sonrisa, y generosidad, tan España como la otra y aún más. Esta España también posee una tradición venerable: es la España del Viriato, de Sagunto y de Numancia, la España del Califato de Córdoba, la España de los comuneros y libertades de Castilla, la España de las Leyes de Indias, la España de los guerrilleros contra Napoleón, la España republicana de Castelar y Pí y Margall, la España desesperada de Costa, la España socialista, la España que hoy representan en las letras Unamuno y en la política Julián Besteiro. (...) Merced a tales elementos de renovación -que son los verdaderos elementos conservadores- este viejo pueblo, España, parece siempre joven y no se ha ido cayendo a pedazos o convirtiéndose en polvo, como las momias del Escorial."(3)

Militó Blanco Fombona en el partido Radical y en tal carácter Lerroux lo designa, en 1932, Gobernador de Almería y luego de Navarra, en virtud de una disposición legal de la República española que concedía la doble nacionalidad a los hispanoamericanos con muchos años de residencia en ella.

Al partido Radical renuncia, en 1923, sin abandonar su admiración por Lerroux, por discrepar de la alianza que el radicalismo hizo con Gil Robles. Quedó entonces, sin ingresar a ningún otro partido, como "un republicano de izquierda, limítrofe del socialismo" como se autodenominó.(4)

Y en verdad que ésta, la socialista, había sido su opción desde sus primeras estadías en España. El 28 de mayo de 1904 escribía juicios tajantes al respecto:

"Entre España y el siglo en que vivimos existe un divorcio radical. Aquí se concibe la vida de muy distinto modo de como se concibe en el resto del mundo: de allí la inferioridad actual de España, respecto de otros pueblos. Pero el día, que ha de venir, en que la modalidad existente de civilización cambie, gracias al triunfo del socialismo, España, que lo combate con tenacidad -como ella siempre combatió- volverá a ser un gran país. Un gran pueblo lo ha sido siempre."(5)

Haría falta estudiar a Blanco Fombona en su específica actividad política en España. Medianamente lo ha sido en tal rol en Venezuela, donde fue Gobernador del Territorio Federal Amazonas entre 1905 y 1906 y luego, a su regreso del exilio, Gobernador del Estado Miranda entre 1936 y 1937, amén de su ya señalada labor como publicista opositor a Juan Vicente Gómez durante casi tres décadas.

Pero esa no fue sino una de las múltiples caras de este hombre proteico.(6) Creador y crítico literario, poeta modernista cuya Pequeña lírica, publicada en Madrid en 1904, fuese prologada por Rubén Darío, compañero de tertulias y correrías. Novelista de **El hombre de hierro**, entre muchas otras. Ensayista y crítico perspicaz, escribía con desparpajo en su Diario, el 25 de enero de 1928:

"Entre los poetas españoles jóvenes que prefiero colocaría primero a García Lorca. (...) Otro poeta español joven muy celebrado se llama Alberti, también andaluz. Me gusta muchísimo menos que Lorca. (...) Alberti podría hacer algo bueno. Cuando imite menos a Góngora. En Guillén hay materia prima y adquirida. ¿Qué la falta perder a este sabio? El llamado Salinas cuando cultivase otra cosa que la poesía y pierda algunos kilos de suficiencia y petulancia será quizás tolerable como profesor. Poeta es lo que no será nunca."(7)

Deberá Blanco Fombona al estímulo español -así lo reconocerá textualmente- el haber podido escribir más de cincuenta obras. Porque España le proporcionó una atmósfera propicia a las ocupaciones de la inteligencia.(8) Por su parte, también reconocerá España, representada por sus intelectuales de variadas tendencias, los méritos de Blanco Fombona. Por eso propondrán su nombre, en 1928, para el Premio Nobel de Literatura, entre otros, Manuel Machado, Gómez de Baquero, Américo Castro, R. Menéndez Pidal, G. Maura, el conde de Romanones, Julián Besteiro, Gregorio Marañón, Ramón del Valle-Inclán.(9)

Faceta importantísima en la vida intelectual de Blanco Fombona fue su tarea de ensayista de la historia, asumida con conciencia y pasión hispanoamericanista. Publica varios textos sobre Bolívar, uno de los cuales, en 1914, Simón

Bolívar, Libertador de la América del Sur, con introducción de don Miguel de Unamuno. Su mejor obra en este campo será *El conquistador español del siglo XVI*, con cuatro ediciones en Madrid entre 1921 y 1935.

Blanco Fombona no rechaza o anatemiza el vínculo de América con España. Por el contrario, señala con fuerza que "Somos carne de su carne, espíritu de su espíritu. Por ella somos"(10). Hispanoamericanista confeso asume que América no es sino "la continuidad de España -de la mejor España- en el tiempo y en el espacio."(11)

Reflexiona, en su *Diario*, a tono con tal sentir, sobre las razones por las que España se sumió en la lejanía e ignorancia sobre nuestros pueblos:

"Vencida, expulsada España de América -expulsada no racial, no sentimental, no cultural, sino políticamente- la soberbia española no quiso oír hablar más de nosotros. España en todo el siglo XIX estuvo cometiendo esta bella locura: nos ignoró. Para ella no existimos. Nuestros amores se fueron naturalmente hacia otros países; y detrás de nuestros amores, nuestro comercio, nuestro oro. (...) Parece increíble el absurdo español de todo el siglo XIX con respecto a nosotros. Bien es verdad que el siglo XIX español ha sido el siglo de la ceguera y la picardía en la política; del heroísmo derrochado en pronunciamientos; del romanticismo de conducta en los mejores, en los Castelar, Pí y Margall, y de la sensualidad, corrupción, farsa, fanatismo, saqueo, en los Fernandos, en las Cristinas, Isabeles y personajes de la Restauración. Todo fingía hacerse, pero nada se hacía. España parecía un pueblo moderno de vida real y era, por culpa de sus dirigentes, un pueblo de ficción. No había, en verdad, sino la mentira oficial, la concupiscencia y el clericalismo. Hizo España veinte guerras y ninguna Revolución."(12)

Superar los mutuos desconocimientos fue objetivo de sus labores como ensayista histórico, como Vicepresidente de la Sección Iberoamericana del Ateneo de Madrid, en 1930, y, sobre todo, de la ciclópea tarea que realizó durante veinte años, en Madrid, entre 1915 y 1935, al frente de la Editorial América, que fundó y dirigió.

Nueve colecciones publica dicha editorial, destacándose entre ellas la Biblioteca Andrés Bello, con setenta y tres títulos de literatura americana; la Biblioteca Ayacucho, con setenta y tres volúmenes relativos a la historia de América; la Biblioteca Porvenir, con doce títulos sobre filosofía y sociología marxistas. Sin contar las reediciones, la Editorial América publicó en esa escasa veintena de años trescientas veintiuna obras diferentes.

Esta sola y tesonera labor justificaría una vida. Para Blanco Fombona, vividor empedernido, no fue apenas sino una faceta más. Novelista, poeta, crítico,

político de dos patrias, editor. Miembro de Academias sí, más también duelista, aventurero y mujeriego inveterado. Hombre trágico y desgarrado, individualista y socializante, observador permanente y descontento de sí mismo. Hombre de acción y de pensamiento, siempre se sintió inacabado, imperfecto. Plasmaba en su Diario, el 2 de junio de 1930, lapidarias autocríticas:

"He vivido largo tiempo; pero no he sabido aprovechar la vida; la he derrochado; no he hecho nada (...) No he sido sino un aficionado de todo: arte, letras, mujeres, política. He vivido una vida en espera, una vida provisional, aguardando lo que no iba a llegar nunca."(13)

Pero pese a juicios tan duros, típicos de su carácter extremista, hubo una actividad hasta ahora no comentada de la cual Rufino Blanco Fombona se sintió asaz orgullosos: el periodismo. En efecto, durante muchos años fue columnista en "La Voz", "El Sol" y "El Herald" de Madrid y, conjuntamente con Azorín, Valle Inclán, Marañón y Gómez Baquero, uno de los cinco articulistas más cotizados de España. Pero su orgullo no provenía, por supuesto, del sitio alcanzado sino de los logros históricos que entendía haber contribuido a forjar a través de la difusión de concepciones políticas:

"Siempre me atrajo la política. La política, en toda democracia, es actividad de aquel que sienta los deberes de la ciudadanía y no sea indiferente a la suerte de sus semejantes.

En España, durante la monarquía, a menudo inconstitucional, de Alfonso XIII, no había más acción pública digna que la del periodista independiente: la he ejercido, con la amplitud que se pudo, sin adulación y sin flaquezas, contra la dictadura de Primo de Rivera y la monarquía de Alfonso XIII.

La República nació por los abusos ilegales, liberticidas y suicidas de la monarquía; pero no sólo por eso. También se produjo por obra de un diarismo valiente, abnegado, insobornable; y merced a la instalación constante, por medio de la prensa, de las teorías democráticas en la conciencia española. Reclamo entre esos periodistas republicanos de Madrid un puesto, el más modesto, el último, pero lo reclamo."(14)

2. De José Gil Fortoul, conferencista en el Ateneo madrileño, a Miguel Otero Silva, orador político en Lérica, con Dolores Ibarruri

Si Rufino Blanco Fombona, como acabamos de ver, tuvo la más dilatada y significativa trayectoria intelectual y política que venezolano alguno haya tenido en España, otros de su generación también mantuvieron estrecha vinculación con la intelectualidad española de su época. Residieron esos venezolanos por algunos años en España, algunos de ellos en funciones consulares y diplomáticas y en tales estadías incursionaron en campos tan variados como la literatura, la política, la medicina.

José Gil Fortoul (15) residió por un par de años en España, entre 1886 y 1887 y figuró como miembro del Ateneo de Madrid. Espiritu cosmopolita, hilvana, a sus 25 años, en el escenario del Ateneo, exposición sobre la "Aplicación del análisis matemático a las ciencias", mientras que, al ingresar, en 1887, a la Academia médica española, expone en su discurso "Los médicos alienistas y los tribunales de justicia" concepciones que sólo para 1912, en sus tesis de doctorado, plantará Luis Jiménez de Asúa (16). De su obra clásica, **Historia Constitucional de Venezuela**, dirá Miguel de Unamuno, en 1909: "Al correr de las páginas de su libro, por primera vez, me pude dar cuenta precisa de lo que fue ese gran movimiento de transformación americana".(17)

Quien sí vivió bastantes años de su corta vida en España fue Miguel Eduardo Pardo (18), precursor de la novelística venezolana con **Todo un Pueblo**, costumbrista amargo y desenfadado, que se integró plenamente a los círculos intelectuales y de bohemia madrileña:

"Me reunía con Dicenta, con Taboada, con Valle Inclán, con Benavente, en el café; con Bobadilla en el Ateneo; con Manolo Paso en la calle; con Celso Lucio en el escenario del Apolo; con Palomero y con Fuente en todas partes; con Jacinto Octavio Picón en su casa. Cuando asistía a un estreno de Echegaray me creía en el deber de felicitarle derramando lágrimas como avellanas...".(19)

Entre quienes tuvieron la amistad y el respeto de lo más conspicuo de la intelectualidad española estuvo el ensayista y cuentista Pedro Emilio Coll (20), contertulio en el Fornos de Pío Baroja (21), amigo de Pérez Galdós, Unamuno, Valle Inclán (22). Irresistiblemente conservador, a Pedro Emilio lo hace figurar

Ramón Gómez de la Serna en sus **Pombo**, biografía de la tertulia madrileña (23). Y, más aún, el venezolano será uno de los nueve contertulios que inmortaliza el célebre cuadro de Solana que por muchos años colgó en el Café Pombo. Gómez de la Serna revelará años después que él se empeñó en que Pedro Emilio Coll apareciese en el retrato "porque le quería y porque representaba muy dignamente al contertulio americano".(24)

Pero también hubo quien polemizó muy acremente con figuras españolas. Manuel Díaz Rodríguez (25), de cuyas novelas **Idolos Rotos** y **Sangre Patricia** escribió Miguel de Unamuno sendos y laudatorios estudios para "El Cojo Ilustrado", en 1901 y 1903 respectivamente (26), se enfrenta a la afirmación de Pío Baroja de ser la América, con excepción de los EEUU, "el continente estúpido".(27)

Le contrapondrá Díaz Rodríguez la observación de Joaquín Costa con quien compartió pensión en París: "Estoy convencido de que el nivel de cultura media es entre vosotros [los hispanoamericanos] superior al de España".(28)

Se molestó mucho nuestro novelista ante el desplante barojiano porque en el fondo esperaba que así como por estos lares él había sido uno de los intelectuales que habían "españolizado", por los de España, en vez de reprochárselo, sus congéneres "hispanoamericanizasen" tal como hacía Unamuno.(29)

Y esa conciencia abierta, sin resquemores ni segregaciones, es la que hacía que un Francisco Antonio Rísquez (30), Doctor en Medicina y Farmacia por las universidades de Caracas y de Madrid, eminente docente e investigador universitario en Venezuela, también dejara huella precursora, lamentablemente no recordada, en España. Rísquez dicta, en enero de 1902, ciclo de conferencias en Málaga sobre los pobres y la higiene. Fue el quien primero intentó calcular las necesidades energéticas del obrero español, ubicándolas entre 3.250 y 3.500 calorías diarias. Sus estudios los publicó en el libro **Estudios Higiénicos**, editado en Madrid en 1909. También edita, en 1909, su **Conferencia sobre los microbios y las infecciones**, dictada en el Ateneo farmacéutico de Madrid, amén del **Curso completo de patología general y su clínica**, publicado en 1906 en Barcelona.(31)

Rísquez fue enviado por el gobierno venezolano, en 1913 por varios países europeos a fin de observar las innovaciones educacionales. En su carácter de Comisionado del Ministro de Educación Pública, en la primera conferencia informativa que dicta en Caracas a su regreso, razonará el por qué, estando Venezuela en vísperas de iniciar la reforma estructural de su sistema educativo, convenía inspirarse más que nada en la experiencia española:

"Fue en España donde más de bulto aprecié nuestras necesidades y vi las huellas de recientes progresos por el camino que tenemos que recorrer nosotros (...) Pensar que nosotros, donde todo está por hacer, podamos implantar de lleno los adelantos de Bélgica o de Suiza, de Alemania, o de Francia, o de Italia misma, sería inocentemente utópico. España marca para nosotros el período de transición por donde hemos de pasar necesariamente...".(32)

De posterior generación, pues nace en 1884, Rómulo Gallegos no viajará a España sino en su madurez. En 1926 lo hace como turista y a fines de 1928, nuevamente, para entrar en tratos con el editor Emilio Araluce, de Barcelona, para la publicación, pagando Gallegos el costo de la edición, de **Doña Bárbara**, de la cual se trae a Caracas, a comienzos de 1929, la mayor parte de los ejemplares.(33)

Gallegos es para el momento, Director del liceo Andrés Bello, el principal de Venezuela y ha publicado dos novelas: **El último solar** y **La Trepadora**, varios cuentos y obras de teatro. La desconfianza de Ramón Araluce se borrará bruscamente cuando un Jurado integrado por Eduardo Gómez de Baquero, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique Diez Canedo, Gabriel Miró, Pedro Sáinz Rodríguez y Ricardo Baeza, proclama a **Doña Bárbara** la mejor novela del mes, en septiembre de 1929. En 1930 la reeditarán, ahora sí corriendo el editor con todos los gastos y, en lo sucesivo, también a **Reinaldo Solar**, **La Trepadora** y nuevas obras como **Cantaclaro** y **Canaima**, las que Gallegos, ya como exiliado, escribirá en España.

Gallegos, pues llega en plena madurez a España, la cual se convierte en plataforma de lanzamiento de su obra como novelista a nivel americano y europeo.

Pero antes, mucho antes, España ha llegado a Gallegos a través de dos autores de la generación del 98 a quienes cita con frecuencia en sus primeros ensayos de juventud. Así, para 1912, sostendrá en artículo de "El Cojo Ilustrado", con Angel Ganivet, la tesis de la necesidad de dirección de la sociedad por parte de la inteligencia. También citará en ese texto a Ramiro de Maeztu en torno a la idea de que una democracia sería ingobernable si no estuviese manejada por profesionales. Aplicará Gallegos a Venezuela, "porque nosotros en muchas cosas nos parecemos a España", tales concepciones, concluyendo en la necesidad perentoria de intelectuales para que la democracia entre nosotros no degenera en barbarie.(34)

Luego del exilio internacional, el gomecismo intentó mediatizar políticamente a Gallegos nombrándolo senador. Gallegos a finales de 1929 va nuevamente a España donde permanece hasta mediados de 1930 revisando las reediciones de sus libros y, a la vez, evadiendo el ejercicio de la indeseada senaduría. En ese tiempo traba amistad con Gabriel Miró y Ricardo Baeza (35). En 1931 sale a un exilio voluntario, primero a los Estados Unidos y desde 1932 a 1936 en España.

En Muntaner 193, entre Aragón y Córcega, vivió Gallegos en Barcelona, entre 1932 y 1934. Allí terminó de escribir **Cantaclaro** (36) en 1933, mientras que **Canaima** la finaliza en Madrid en 1935. En esta ciudad vivió en la Casa de las Flores, edificio del barrio de Arguelles en el que también, durante 1935, habitó Pablo Neruda (37). Vivía en un piso con los hermanos García Maldonado, con Gonzalo Barrios y Nelson Himiob, jóvenes exilados venezolanos de la generación del 28. También, cuando vivió en Barcelona compartiría su piso con los jóvenes Simón Gómez Malaret, Nelson Himiob y Jesús Lavié.(38)

Fungió Gallegos de polo de atracción intelectual y moral de este grupo de jóvenes, amén de otros que como Isaac J. Pardo, Rafael Vegas y José Tomás Jiménez Arráiz pagaban durante esos años el exilio de su rebeldía frente a la tiranía gomecista, varios de los cuales habían sido sus alumnos en los tiempos del Liceo Caracas, luego Andrés Bello.

No se relacionó en cambio Gallegos con los círculos intelectuales españoles. Cultivó contadas relaciones individuales, a pesar de ser un autor con cinco novelas publicadas en España entre 1929 y 1935. Tampoco participó en actos públicos, salvo una vez en un mitin anti-gomecista celebrado en el Ateneo madrileño en el que sus jóvenes compañeros de exilio le indujeron a hablar, o en una exitosa lectura en el Centro de Escritores y Artista de Madrid, en 1935, de algunos capítulos de la aún inédita **Canaima** (39). Su vinculación cultural más significativa fue con el Hogar América, institución privada constituida en 1934 para fomentar las relaciones entre España y América. También participaron en ella María Edilia Valero, Gabriela Mistral, Concha Espina, Pedro de Répide, Carlos Pereira.(40)

Pero si Gallegos, a pesar de sus méritos, podría decirse que intentó pasar desapercibido en España, otros exilados, los jóvenes del 28, se involucraron con desenfado en situaciones más llamativas.

Así, un José Tomás Jiménez Arráiz llegó a ser Secretario General, en Madrid, a comienzo de los treinta, de la Federación Universitaria Hispanoamericana, la FUHA, la cual trabajó mancomunadamente con la Federación

Universitaria Española, la FUE, hasta que ambas, durante el gobierno de Lerroux fueron atacadas y allanadas múltiples veces. (41)

Nelson Himiob y Miguel Otero Silva, en la plaza Universidad de Barcelona participaron en alharacas estudiantiles, a comienzos de la República (42). Y el mismo Himiob, Isaac J. Pardo y José Tomás Jiménez Arráiz dictaron conferencias en el Ateneo de Barcelona, el 12 de diciembre de 1930 sobre la situación político-social venezolana (43).

Otros fueron más allá y cuando todo el grupo regresó en 1936 a Venezuela -coincidió el fin del gomecismo, desde diciembre de 1935 y el inicio de la Guerra Civil española- se quedaron, incorporados al ejército republicano, tal cual el caso de Víctor García Maldonado, que de soldado raso en el treintaidosavo ejército del general Pozas salió como teniente coronel dos años después (44).

También a comienzos de la Guerra Civil Isaac J. Pardo, ya graduado de médico, dirigió un hospital republicano de emergencia, de 125 camas, en Barcelona y actuó en la Cruz Roja de Santa Coloma de Gramanet (45).

Por su parte Rafael Vegas, graduado de médico en París, se reúne con el grupo en Barcelona desde 1934, para hacer un posgrado en psiquiatría con Emilio Mira López. Al estallar la guerra, lo nombran director encargado del Psiquiátrico de Mujeres de San Baudilio de Llobregat (46).

Ciertamente se produjo una gran integración afectiva y política de esta generación con la historia española contemporánea. De allí en adelante, de regreso en Venezuela, siguieron día a día sus vicisitudes que tomaron partido militarmente, por la causa republicana. En *Oficina No. 1*, de Miguel Otero Silva, novela ambientada a finales de los años treinta en un pueblo petrolero venezolano, su protagonista, el maestro de escuela Matías Carvajal, positivista y revolucionario, se enzarza en una desafortunada disputa con "un fraile gordo y repulsivo [que] se puso a cantar victoria por la caída de Madrid" (47). Reflexionando después el maestro sobre el altercado expresa lo que fue el sentir representativo de esta generación de venezolano: "los españoles no solamente perdieron el control de ellos mismos, que por cierto nunca lo han tenido, sino que también se lo ha hecho perder la humanidad entera". (48)

Dejemos, finalmente, que sea Otero Silva (49) quien con su peculiar grajeo revele, en coloquial conferencia que dictó en 1972 en el Centro Catalán de Caracas, algunas de sus peripecias por tierras catalanas, que bien ilustran el ethos del grupo de venezolanos aludido:

"Llegué por primera vez a Cataluña cuando acababa de cumplir 21 años y no lo hice por el interés de visitar esa nación (la verdad era que ni siquiera sospechaba que Cataluña era una nación) sino por huir del chovinismo, de la xenofobia francesa. Por entonces habíamos ido a dar desterrados a París un grupo de estudiantes venezolanos y nos recibió el histerismo patrioter de los franceses de aquella época: lo insultaban a uno en la calle si se atrevía a hablar en voz alta otro idioma que no fuera el francés; lo llamaban a uno **sale métequè** si osaba opinar sobre cualquier tema; lo asaltaban a uno en gavilla si se enredaba a golpes con un **garzón**; hasta para enamorarse de una francesa era preciso presentar los papeles de identidad, **vos papiers, monseur!**. Tan enrarecida y chocante se puso la atmósfera que el grupo de estudiantes a quien me refiero (Quintana Silva, Prince Lara, Jiménez Arráiz, Isaac Pardo, Gómez Malaret, Chucho Lavié y yo) decidimos de repente dejar a los franceses con su complejos y sus antipatías, y tomar el primer tren que saliera de la Gare de Lyon hacia el extranjero, tren que ha podido llevarnos a Copenhague pero que afortunadamente nos condujo a Barcelona.

La mayoría de nosotros se inscribió en la Universidad, alquilamos una casa con jardín en San Gervasio, en la calle Folgarolas, y contratamos una cocinera valenciana que guisaba una paella espléndida. Recuerdo que la gente del barrio nos llamaba 'los vaina' (el vaina gordo, el vaina negro, el vaina chingo, etcétera) porque nunca antes habían escuchado esa palabra que nosotros empleábamos con excesiva frecuencia.

Para ser más exacto diré que el único del grupo que no se inscribió en la Universidad de Barcelona fui yo, dado que para esos tiempos era un agitador revolucionario más que ninguna otra cosa. Preferí ponerme en contacto con los sindicatos obreros y las asociaciones marxistas, anochecer discutiendo con los anarquistas bajo las arcadas de la Plaza Real que ellos llamaban Plaza Roja, amanecer teorizando sobre política en los bares del Paralelo, incluso llegué a hablar en un mitin donde el orador principal era Dolores Ibarruri. Esto último sucedió en Lérida y 'La Pasionaria' no se acuerda de aquel suceso, no puede acordarse, pero yo sí. No lo olvido particularmente porque a los pocos días hicieron preso al extranjero que a tales impertinencias se atrevía, y una pareja de guardia civiles me llevó esposado hasta la frontera. En descargo de los catalanes debo aclarar que la pareja de guardias civiles era murciana y que la orden de encarcelamiento y deportación vino directamente de Madrid.

Entre mi ingreso a Cataluña por Perpignan y mi salida por el mismo sitio había transcurrido apenas un año, pero eso doce meses dejaron huella imborrable en mi biografía." (50)

3. Unamuno, noble abuelo de la generación del 28

El 30 de abril de 1929, un mozalbete venezolano de apenas veintiún años escribe, desde el exilio en la isla de Santo Domingo, larga carta a Miguel de Unamuno. La carta tiene giros altisonantes y tonalidad épica. Expresa un gran respeto pero, a la vez, una atrevida familiaridad para con Unamuno. Además de encabezarla con un "Noble y querido maestro", remata con un cursi: "Bendígame, noble abuelo; y crea que lo quiero mucho".

¿De qué informa? De las desventuras del movimiento estudiantil democrático en Venezuela, recién alzado contra J.V. Gómez en 1928, perseguido y encarcelado en 1929. ¿Qué pide? Ni más ni menos que unas palabras liminares de Unamuno para encabezar el libro que este estudiante, Rómulo Betancourt (51), ha escrito al alimón con Miguel Otero Silva, análisis y denuncia de los acontecimientos de la rebelión estudiantil antedicha.(52)

Las razones que esgrime Betancourt para justificar su insólita petición a Unamuno son, en primer lugar, que la élite intelectual venezolana, los consagrados, ha traicionado todo ideal doblando "la cerviz palaciega alrededor del amo" y de ese grupo escoge algunos casos representativos merecedores de especial desprecio. Desfilan por su carta Teresa de la Parra, César Zumeta, Pedro César Dominici y Pedro Emilio Coll, los dos últimos, por cierto, sobre cuyas obras Unamuno ha publicado análisis literarios. De Pedro Emilio Coll, por ejemplo, dice que "pasea su prebenda de Inspector de Consulados -en verdad de los hechos, Inspector del Espionaje organizado- en camarotes de lujo, marginal e indiferente a la lucha desigual que sus hijos de ayer empeñaron".(53)

La otra razón por la que cree merecer tal aporte de Unamuno es que la juventud venezolana lo tiene por Maestro y "ha mamado enseñanzas de verticalidad en su vida y en su obra".(54)

No complació Unamuno la afiebrada petición de Betancourt, pero el que haya sido formulada y en los términos ya dichos, relleva el lugar intelectual y sentimental que el Unamuno pensador, el Unamuno Rector, el Unamuno hombre, tenía entre los intelectuales establecidos y noveles de la época.

Ello lo sabemos no sólo por esta carta sino por el sentido que tuvo para el estudiantado universitario venezolano la adopción de la boína vasca como distintivo desde los sucesos de febrero de 1928. Le cantó Antonio Arráiz (55), en con-

traposición a la euforia que apenas semanas antes había cosechado Charles Lindbergh en su visita a Caracas. Decía Arráiz:

Carezco de voz para Lindbergh.
En cambio, canto
la boína del estudiante.
(...)
Boína deportista, boína ventolera,
boína vasca se injerta en nosotros
(vasca como aquel otro que también se injertó
loca boína estudiantil (56)

Meses después, Betancourt y Otero Silva detallarán los por qué de la escogencia del distintivo:

"Ese pedazo de paño azul tenía para nosotros firmes antecedentes acreedores de cariño y de respeto. Ya la había usado antes el noblote abuelo Don Miguel de Unamuno, genio y rebelde; ya sabíamos del tronco vasco de los Bolívar y pensamos que con ella cubrieron muchas veces sus cabezas altivas los abuelos del Libertador. Debíamos también cosechar en nosotros mucho de la recia terquedad del vasco, terquedad y firmeza para sostener la verticalidad del gesto que debíamos íntegro a la patriecita agonizante".(57)

Y sin pretender sugerir que el movimiento estudiantil del 28 en Caracas tuviese inspiración en proceso alguno español, porque no fue así, sí cabe indicar que la Semana del Estudiante, a raíz de la cual se generaron todos los enfrentamientos entre la juventud universitaria y el gobierno, tuvo como motivación principal recaudar fondos para construir una casa apropiada para los estudiantes universitarios del interior del país que viniesen a Caracas. Esta idea se les ocurrió a algunos a partir de la lectura de la revista de la Residencia de Estudiantes de Madrid. (58)

Volviendo al tema del rol ductor como maestro de pensamiento y de vida que tuvo Unamuno entre los jóvenes intelectuales emergentes de la Venezuela de finales de los años veinte, citaré al paso la impresión de Chío Zubillaga (59), viajero en 1925 por España y Francia, quien pidió por escrito una entrevista a Unamuno y éste lo cita para encontrarse en ese café de la Rotonde de su exilio parisino. Desde allí caminaron, hasta el Louvre, con la escolta de Ortega y Gasset y de Crawford Fritch, el traductor de Unamuno al inglés. En el trayecto le demostró Unamuno cabal conocimiento de la realidad política venezolana del

momento. Relataba Chío, en artículo escrito en 1925 pero sólo publicado en 1937, su sensación de anonadamiento ante la figura de Unamuno, comparable al que se sentiría ante una gran montaña. (60)

Por su parte, en la Mérida universitaria venezolana, Rafael Pizani (61) revela que los estudiantes leían mucho a Unamuno, Ortega y Gasset, Ganivet y Waldo Frank. Confiesa Pizani que a él le impresionaba especialmente Unamuno, hasta el punto que en un diario local escribía una columna quincenal titulada "unamunismos". (62)

Este influjo del Unamuno crepuscular se explica no sólo por la singular consistencia de su pensar y su vivir, sino por el interés que Unamuno siempre demostró por la realidad americana y, en particular, por la venezolana.

Tan temprano como en 1899 envía carta a Pedro Emilio Coll, la cual se publica en "El Cojo Ilustrado". En ella examina las tendencias literarias de América a finales de siglo.(63) Para agosto de 1900 se publicará una segunda carta suya, esta vez dirigida a Rufino Blanco Fombona, en la cual le esboza juicios elogiosos sobre los **Cuentos de poeta** que ese año publicase Blanco Fombona. Se interesa Unamuno en especial por la lengua utilizada, pues "Marca a mi juicio muy bien el derrotero que nuestro romance tiene que seguir".(64) La relación de Unamuno con Blanco Fombona fue muy especial, manteniendo con él la correspondencia más dilatada, por tres decenios, que haya tenido con americano alguno.

También publicará estudios críticos Unamuno de varios textos de venezolanos. De José Gil Fortoul, **Historia Constitucional de Venezuela**; de Pedro Emilio Coll, **El Castillo de Elsinor**; de Manuel Díaz Rodríguez, **Idolos Rotos y Sangre Patricia**; de Pedro César Arismendi, **El triunfo del ideal**.(65)

Fue entonces Unamuno consecuente con ese interés primerizo que expresó en la ya referida carta a Blanco Fombona de 1900:

"Sigo con creciente atención el movimiento literario americano proyectando dedicarle un libro, porque la idea que de la literatura hispanoamericana aquí se tiene es muy equivocada, sea para bien o para mal. Lo que más me agrada de ella es ese constante esfuerzo para hallar nuevas vías, por hacer algo realmente fuerte."(66)

Y consecuente hasta sus últimos días. En su biblioteca salmantina se encuentra un ejemplar de **Cantaclaro**, editada por Araluce en 1934 y el cual Rómu-

lo Gallegos le envió con dedicatoria de admiración. Tuvo tiempo Don Miguel de hacerle 69 anotaciones de puño y letra a dicho ejemplar.(67)

Con toda razón, pues, lo que le expresó en aciago momento -el cese de Unamuno como Rector de Salamanca en 1914- Rufino Blanco Fombona, en afectuosa comunicación representaba el sentir de la intelectualidad venezolana por el Maestro: "Es usted, hoy, el más estrecho lazo de inteligencia y afección entre la América de habla castellana y la Península originaria".(68)

4. Y vinieron frailes, bardos nobles y...anarcosindicalistas

Desde comienzos del siglo XX, pero especialmente en la década de los veinte, a tenor de las tesis prevalecientes en las leyes de instrucción pública de los años 1915-1916 y en la Ley de Misiones de 1916, las cuales permitían y estimulaban la participación privada en la educación y roles dirigentes de la Iglesia en los territorios indígenas, Venezuela presenció el regreso en gran escala de las órdenes religiosas, expulsadas del territorio nacional varias décadas antes por Guzmán Blanco.

De España vinieron la mayoría de sacerdotes y monjas de tales órdenes. Fundaron colegios que comenzaron a albergar prontamente a los hijos de la burguesía y de sectores gubernamentales y profesionales. Tuvieron, al muy poco tiempo de haber llegado, sonada disputa los sectores eclesiásticos, encabezados por los jesuitas, con destacados intelectuales venezolanos, a los que el Ministerio de Instrucción Pública les otorgó la razón. Pues allí se dio el caso que en los colegios de religiosos eran sacerdotes extranjeros los que -por un lapsus legal- impartían las asignaturas de historia patria. Esto generaba chocantes situaciones pues si no en todos los casos sí en muchos de ellos se presentaba una visión de nuestra historia no solamente eurocéntrica sino españolista al extremo. Se cita el caso, por parte de un ex-alumno de los jesuitas en el Seminario de Caracas, del Padre Ladrón de Guevara a quien se le oía espetar juicios del siguiente tenor: "¡Qué Bolívar, ni que ocho cuartos! General de verdad nuestro Zumalacárregui ante quien Napoleón era un mal General y Bolívar un enano".(69)

Pero, en cambio, hubo quien vino de España y se aprovechó de Bolívar para recibir favores y subvenciones a granel del régimen gomecista. Francisco Villaespesa arribó al país el 8 de marzo de 1920 con la noticia de que presentaría una obra teatral sobre Bolívar. Fue huésped de honor de J.V. Gómez y favorito de los círculos oficiales. A los pocos días, el 18 de marzo se efectuó una velada

artístico literaria en honor del poeta y dramaturgo romántico-modernista. El orador oficial del régimen, Eloy G. González, lo presenta en el Teatro Municipal y José Tadeo Arreaza Calatrava le dedica dos poemas: "A Villaespesa" y "A España".(70)

"El Universal" del 22 de marzo le otorga sus páginas para que publique catorce sonetos inéditos y siete meses después, al celebrar la prolongación de su permanencia en Caracas incurre en Villaespesalatría: "es inútil hablar del numen de Villaespesa... el alto numen cuya gloria nos es familiar desde hace tanto tiempo".(71)

Para mayo de 1921 Villaespesa publica dos libros en Caracas: **Tierra de encanto y maravilla**, el uno y **La estrella solitaria** el otro.(72) En agosto de ese año arriba desde España la Compañía lírico-romántica que ha constituido expresamente, la cual presenta sus dos obras: **Abén Humeya** y **La Leona de Castilla**, antes de poner en escena por tres veces el esperado drama **Bolívar**.

Juan Vicente Gómez preside la concurrencia y no podía ser menos ya que Villaespesa, en soneto introductorio, le ha dedicado la obra, parangonándolo con Bolívar.(73) Mercantilismo puro de quien no vaciló tampoco en comparar a una hermana de Gómez con una infanta de Castilla. Pero esos eran los tiempos: el oportunismo mercantil del poeta se correspondía con el patriotismo, la adulancia y la palurdez de los comentarista y críticos oficiales.

Pero no todo fue coro de alabanzas. es de la prisión, José Rafael Pocaterra(74) fulminará a ese "...Bolívar de irrisión que fueron a aplaudir los venezolanos de la decadencia, añadiendo el ultraje del petardista ambulante la ignominia de consagrar con su presencia y su aquiescencia el desacato político, histórico, literario y social".(75) A su vez, transmitido de boca en boca, Rafael Carabaño pone a circular su Impromptu, el cual culminaba con un:

"Pueden más en ti la sed del oro
y turbias complacencias cortesanas
que el honor de las letras castellanas
y que tu propio honor y tu decoro".(76)

Y, un año después, en "El Heraldo" de Caracas, figurará una inusitada crónica, por la opuesta a la complacencia oficial, del principal crítico literario venezolano de entonces, Jesús Semprún, en ese tiempo residente en Nueva York.

Allí se dice que "...la obra dramática de Villaespesa es harto burda y tosca para deslumbrar siquiera a un público exaltado por el recurso de sus glorias nacionales. El Bolívar de Villaespesa es vulgar, palabrero, jactancioso, caricatura que ridiculiza al héroe; se trata, en fin de una irreverencia...". Concluye Semprún que "...la composición de **Bolívar** no fue una empresa literaria sino comercial...".(77)

El verbo cáustico y airado de Pocaterra extrapolará el episodio -prolongado casi por dos años- de las lides poéticas y dramatúrgicas de Villaespesa en Caracas a toda una indeseable manera de relacionarse los dos países:

"Que el pobrecito de Gómez le pague en plata su mamarracho, no sorprende. Tiene hasta su mérito. A Gómez el ruido de una carreta le parece un endecasílabo. Lo que sí llama la atención es que en toda Caracas no le hubiesen dado un puntapié por los fondillos al Villaespesa.

Frailles catalanes que hablan del **Varbo Ancarnado** y las **nafandas saturnalias, toreros despeados cómicos en catástrofe económica y artística, sardinas de Vitoria**, vino en barricas, aceitunas un flamenquismo de pega y poetas-empresarios que se culipandean hablando y traen una **ele** más para la ll, como decía el negro Arteché.

A esto le llaman 'el acercamiento'. El acercamiento a la estupidez. Baroja tiene razón: somos 'el continente estúpido'; tenemos, efectivamente, tres largos siglos de **estupidización peninsular**".(78)

Pero la stupidización del régimen y de la alta sociedad caraqueña no se agotó con los aplausos a Villaespesa. Vendrían los interminables festejos a propósito, también a comienzos de los años veinte, de la visita que dispensó a Caracas el príncipe ernando de Baviera y Borbón, tío del Rey de España. Mariano Picón Salas (79), entonces un mozalbete provinciano recién llegado a la capital, se asomó a las fiestas que se prolongaron por más de una semana, con desfiles militares, discursos, bailes procesiones cívicas, té y "garden parties". Vieron sus ojos a la sociedad caraqueña presentar saludos y venias, "en tropical delirio monárquico", a aquel Fernando que recibía en una especie de salón archiducal, recién vestido de espejos, alfombras, arañas y cortinajes de damasco.(80) Condecoró y fue condecorado por Gómez y hasta sus parrandas nocturnas, pasadas por brandy y sazonadas de alegre compañía femenina fueron costeadas por el gobierno nacional.(81)

Caracas fue plaza donde recalaron con facilidad desde periodistas como francisco Gómez hidalgo, quien vino en los postreros veinte a proyectar su película "La malcasada" y a desear que Gómez viviese noventa años (82), a tonadille-

ras como Paquita Escribano y Resurrección Quijano, pasando por toreros como el Gallo, quienes tuvieron tanto tardes espléndidas como miserables "espantás" en el nuevo circo caraqueño.(83) También, a mediados de los años diez, había venido la compañía de Guadalupe Mendizábal, del Teatro Español de Madrid y Francisco Rodríguez Cos, del Teatro Coliseo Imperial. Representaron obras y una pieza, **El Milagro del año**, del novel dramaturgo Rómulo Gallegos.(84)

Pero también encontramos otra presencia de España en nuestro territorio. En la novela **Fiebre**, de Miguel Otero Silva, escrita en 1930 y en la cual se narran, con verismo, la rebelión estudiantil y su represión en los años 28 y 29, figuran dos personajes, el uno Hilario Figueras, el Catalán, y el otro, Tostón, ambos sindicalistas revolucionarios actuantes en la Caracas de rudimentarias formas de organización obrera de la época.(85)

Según la novela, el padre de Hilario fue artesano vasco que se dedicó a la zapatería en las callejuelas que desembocan en las Ramblas de Barcelona. Allí se hizo anarquista y por estar complicado en un atentado terrorista debió emigrar a Venezuela. En Caracas, en el barrio de La Candelaria, montó su negocio: "El Tibidabo. Se reparan zapatos". Su hijo heredó de él su oficio, apodo e inquietudes revolucionarias, aunque no credo anarquista. Conjuntamente con Tostón apoyaron los primeros balbuceos reivindicativos de los artesanos y obreros caraqueños.(86)

¿Existieron en realidad estos personajes? Tostón ciertamente que sí. Uno de los fundadores históricos del partido comunista venezolano, Fernando Key Sánchez, abogado e historiador de esa etapa, relata que para 1931 una de las tres vertientes que confluyeron en la creación del PCV fue la del movimiento obrero artesanal, el cual tenía como dirigentes a varios españoles, provenientes del anarcosindicalismo, 2...como José Tortón (sic), Claudio Hernández, Ramos Abad y otros".(87)

Igualmente, otro de los fundadores del PCV, el profesor universitario Roldolfo Quintero, integrante también de la generación del 28, cuenta que en su condición de enlace entre la Federación de Estudiantes y los gremios de albañiles, tranviarios, choferes, tipógrafos, farmacéuticos y de zapateros, conoció a "un viejo luchador europeo que llamábamos Antón (sic)", el cual "era el dueño absoluto, llamémoslo así, el líder máximo del sindicato de zapateros e influía desde el punto de vista del anarquismo a este grupo".(88)

Vemos que con variantes fonéticas, existió el sindicalista español organizador de los trabajadores del calzado en Caracas. Un tercer fundador del PCV,

abogado e historiador, Juan Bautista Fuenmayor, proporciona su versión, la cual es asumida por Julio Godio, historiador del movimiento obrero venezolano:

"Por otro lado, un socialista español, José Tostón, que había militado en el Partido Socialista Español de Pablo Iglesias, en la década del veinte, logra organizar a los obreros del Ferrocarril de Caracas a La Guaira, que vivían en duras condiciones de vida, y prepara una huelga en 1924 que se realiza y logra triunfar. Al mismo tiempo, Tostón dirige su atención hacia los trabajadores del calzado y funda en Caracas, en ese mismo año, el sindicato de los zapateros, que también realiza acciones reivindicativas. Pero pronto Tostón es acusado de perturbación social y expulsado del país. Tostón, sin embargo, logró formar un núcleo de activistas sindicales, uno de los cuales, Claudio Hernández, fue fundador del Partido Comunista en el año 1930(sic)".(89)

Antes, en 1920, dos anarquistas españoles, Ezequiel Marín y Rafael Oyarzábal, intentaron constituir, con la base de las Corporaciones obreras de los ferrocarriles, de los tranvías y las portuarias, la Confederación del Trabajo de Venezuela, según revela otra fuente.(90)

Y después, para 1932, en una declaración policial de Eugenio González, transcrita en **El Libro Rojo**, curiosa obra editada por el gobierno de López Contreras en 1937 para justificar la represión anticomunista que desató, se destaca que el tesorero del naciente PCV era "...Ulianoff, que es un individuo español, que no recuerdo es Alvarez o Alvarado".(91)

Abundaron, pues, los líderes sindicales de España. Es la tesis de Rodolfo Quintero, quien añade que eran de la corriente anarquista y que ella caracterizó a buena parte de nuestro movimiento obrero hasta 1936. Señala como, por ejemplo, para la construcción del Hotel Las Delicias, en Maracay -bunker de Juan Vicente Gómez- se trajeron constructores catalanes, casi todos anarcosindicalistas.(92) y corroborándolo, muy recientemente, se ha recordado que se trajo una inmigración selectiva de especialistas de la industria textil, también de cataluña, para operar la fábrica Telares de Maracay, de la cual era J.V. Gómez propietario. Para esos obreros, algunos de los cuales vinieron con sus familias, se construyó el barrio Catalán en Maracay.(93)

Y así nos topamos con el anarquismo catalán venido a estas tierras, tema que valdría explorar en mayor profundidad, porque resulta curioso constatar cómo en los andes venezolanos, región católica y conservadora, en fecha pronta como el 23 de octubre de 1909, se encuentre publicada, en el diario "Horizontes", cobertura noticiosa de las insurrecciones anarquistas de cataluña y hasta un extracto del programa del anarquismo de Barcelona.(94)

También resulta harto interesante el rol jugado por el poeta español Francisco de Rossón, promotor de la constitución del grupo Seremos, de Maracaibo, donde militaron, entre otros, Héctor Cuenca, Ramón Díaz Sánchez, Valmore Rodríguez e Isidro Vallés. este grupo cultural se inspiraba en los escritos de José Carlos Mariátegui y se enfrenta, en 1928, al gobierno gomecista, sufriendo la consecuente represión.(95)

Rossón es una figura muy valiosa porque no solamente figura como adelantado de nuevas ideas políticas, sino como uno de los precursores de la vanguardia literaria. Así, para mayo de 1926, publica en "Elite", órgano difusor del vanguardismo venezolano, un poema, audaz en metáforas, centrado, como era ley desde los días de Marinetti, en el símbolo de la nueva civilización: el automóvil. Veamos sus dos primeras estrofas:

"La calle se desenrolla del temor del mediodía
como una blanca polea a toda velocidad,
mientras el sol clava duro su caliente algarabía
con una avidez de flecha temblorosa de agonía
sobre el sembrado de casas que semeja la ciudad.
El automóvil desboca su velocidad idiota,
la fila de casas pasa temblorosa y desigual
y por la seudo ventana de detrás de la capota
el polvo pone la niebla de su carcajada rota
y la torre pasa altiva en su orgullo vertical".(96)

5. El meridiano cultural de Caracas pasaba por Madrid

Acedos y Nones sostienen que la generación literaria de 1928 en Venezuela se alimentaba, para sus discusiones, de las últimas nuevas que traían la Revista de Occidente y La Gaceta Literaria. Y por eso, acuñan la frase de que para ese grupo Nelson Himiob, Guillermo Meneses, Pablo Rojas Guardia, Felipe Massiani, Carlos Augusto León, Carlos Augusto Frías, entre otros) su meridiano cultural pasaba, no por París, sino por Madrid. (97)

Cabe señalar que durante los años veinte y treinta se leyó mucho, inteligencia venezolana a los autores españoles, especialmente a la generación del 98 y, entre todos, a Unamuno y Ortega y Gasset.

Establecer vinculaciones, influencias, filiaciones ideológicas y literarias, es tarea que escapa a las pretensiones de este artículo y el estado incipiente de las investigaciones en materia de historia de las ideas de ese período histórico en Venezuela. Pero sí es posible mostrar que la Venezuela de esos años, a pesar de ser un país de apenas tres millones de habitantes, predominante rural y sometido a las autocracias castrista y geomecista, no dejó por ello de permanecer vinculada, a través de las publicaciones que consumían sus élites culturales, a las corrientes universales del pensamiento y del arte. No estuvo el país cerrado por una "muralla china" que impidiese el acceso de nuevas ideas como se ha venido sosteniendo durante demasiados años. (98)

Una mirada ligera y panorámica sobre algunas publicaciones periódicas de la época desvirtúa cualquier tesis de aislamiento y, para el tema que nos ocupa, muestra una consistente relación con el pensamiento español contemporáneo.

A fines del XIX dos revistas, El Cojo Ilustrado y Cosmópolis se constituyen en los vehículos de expresión de nuestros intelectuales y en antenas de recepción del pensamiento de otras latitudes. El Cojo Ilustrado tuvo una duración inusitada en nuestro medio pues se publicó quincenalmente, sin interrupción, entre 1892 y 1915. En cambio, Cosmópolis apenas se extendió por doce números, entre 1894 y 1895. Pero la brevedad de esta última no significó inconsistencia. Pedro Gases enlistará a sus colaboradores y allí resaltarán, entre los venezolanos: Pedro Emilio Coll, Gil Fortoul, Blanco Fombona, Díaz Rodríguez, Key-Ayala, Zumeta, Lisandro Alvarado, Pedro María Morantes, entre otros. Y entre los no venezolanos: Rubén Darío, Baudelaire, Zola, Tolstoi, Renán, Víctor Hugo, Schopenhauer, Taine, Campoamor, Pardo Bazán, entre muchos. (99)

La variedad de escritores que desfiló por El Cojo Ilustrado a través de sus más de quinientos números a lo largo de veintitrés años no ha sido catalogada, pero valga para ilustrar su amplitud de registro lo que destaca Julio Rosales para el año 1898, justo un año antes de que el primer texto, de los varios que permitió, con la firma Unamuno apareciese en la revista. Pues bien, en los siete primeros años de la revista figuraban artículos de más de cien autores nacionales y de más de doscientos americanos y europeos. (100)

Entre los europeos, escogemos diez de los citados: Gabriel D'Annunzio, Fedor Dostoievski, Panait Istrati, Knut Hamsun, Máximo Gorki, Rudyard Kipling, Juan Ramón Jiménez, Núñez de Arce, G. Martínez Sierra, Eduardo Marquina. (101)

Para 1912, una revista, *Cultura*, con apenas nueve números comunicó la eclosión renovadora de las artes plásticas en el país. En ella se aprecia la creciente importancia del aporte español en la lista de los colaboradores extranjeros. También llama la atención la relevancia de tales firmas en esos escasos números. Así, en el área de la poesía, hay textos de Rubén Darío, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Leopardi y Juan Ramón Jiménez, Enrique Díez Canedo, Eugenio D'Ors. En narrativa, encontramos a Eça de Queirós, Amado Nervo y la condesa de Pardo Bazán. En teatro, a Oscar Wilde. Y en el área de ensayos y crónicas, a Herbert Spencer y Anatole France con José Francés, Gabriel Alomar, Joan Maragall, Angel Ganivet, Miguel de Unamuno y Pío Baroja. (102)

Agotado el ciclo de *El Cojo Ilustrado*, le sucede, entre 1918 y 1932, otra revista que encarna la amplitud intelectual en la que se siguió moviendo la *intelligenza* venezolana: *Cultura Venezolana*.

Este mensuario, que tenía un tiraje de 4.500 ejemplares (103), dirigido por un congresista y diplomático gomecista, el Dr. José Antonio Tagliaferro, incluyó entre sus colaboraciones textos y autores de muy variadas tendencias, desmintiendo la tesis del oscurantismo gomecista en materia cultural.

Dejando por fuera cinco de los géneros literarios que en *Cultura Venezolana* tenían cabida, a saber: crónica, narrativa, poesía, teatro y prosa lírica, y tomando en cuenta tan sólo lo referente al ensayo, encontramos que en ella escribieron, entre otros de América: José Enrique Rodó, Gabriela Mistral, José María Vargas Vila, Aníbal Ponce, Germán Arciniegas, Amado Nervo, Fernando Ortiz, Leopoldo Lugones, Waldo Frank. De Francia e Italia: Anatole France y Henrique Barbusse, Benedetto Croce, Gabriel D'Annunzio, Arturo Labriola, Benito Mussolini, Giovanni Papini, Luigi Pirandelo. De España: el inefable Francisco Villaespesa, Enrique Díez Canedo, Emilia Pardo Bazán, Guillermo de Torre, Américo Castro, Eugenio D'Ors. (104)

Pero no sólo fueron las revistas especializadas que como el *Cojo Ilustrado* y *Cultura Venezolana* llenaron, entre ambas, cuarenta años de vida cultural venezolana o las efímeras, pero significativas, *Cosmópolis* y *Cultura*, las que dan testimonio de una ininterrumpida relación con las corrientes de pensamiento del mundo. También en publicaciones que se dirigían al gran público puede apreciarse la presencia de autores de renombre mundial.

Es el caso del periódico el fonógrafo de Maracaibo, al cual dirigió José Rafael Pocaterra entre 1914 y 1916. La revisión de esos dos años arroja que en ese periódico de provincia se podía leer la novela "La Malquerida" de Benavente,

o el cuento "Gedeón" de Unamuno. o "El Tío Rubén" de Selma Lagerloff, u otros de Valle Inclán, Azorín o Maupassant. En poesía, a Rubén Darío, José Asunción Silva, Santos Chocano, Herrera y Reissig. Con artículos sobre política o literatura a: Ramiro de Maeztu, con una columna regular titulada "Correo de Inglaterra" ;a Galdós y Pío Barojas, escribiendo en 1915 sobre la guerra europea; a Miguel de Unamuno con "la cruz de hierro de la guerra", "Algo sobre Nietzsche" y "Don Quijote Bolívar"; a Ramón Pérez de Ayala. De América, a José Enrique Rodó, Juan Montalvo, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. (105)

En cuanto a la revista Actualidades, también dirigida al gran público y la cual compró y dirigió Rómulo Gallegos a partir de 1920, exhibe, a mi juicio, el más amplio elenco de escritores españoles, si la revisamos para el lapso de 1918-1922 y en el género de ensayos. En efectó, en esos cuatro años figuran artículos de: Alvaro de Albornoz, Gabriel Alomar, Julio Camba, Angel Ganivet, Ramón Gómez de la Serna, Ramiro de Maezbu, Azorín, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán. (106)

Finalmente, otra revista para el gran público, que marcó época, con un tiraje de 2.000 ejemplares semanales y fundada en 1925: Elite. Esta revista que perdura hasta nuestros días, combina en esos primeros años la información más variada sobre el acontecer nacional y mundial, el registro de actos y fiestas de la oligarquía caraqueña y un fuerte énfasis en la difusión literaria. Todas las generaciones literarias venezolanas publicarán en Elite, los ya establecidos del 9 y del 18, con representantes como Gabriel Espinoza, José Antonio Ramos Sucre, Enrique Bernardo Núñez, Andrés Eloy Blanco y Mario Briceño Iragorry, al igual que los jóvenes del 28: Antonio Arráiz, Pablo Rojas Guardia, Ramón Díaz Sánchez, Miguel Otero Silva, Arturo Uslar Pietri, Guillermo Meneses.

Contará Elite con una sección fija "Desde París", a cargo de Alejandro Carpentier quien escribe sobre los últimos acontecimientos del quehacer cultural europeo. También se publican trabajos de Emil Ludwig, André Maurois, Giovanni Papini, Antonio Machado, Ramón del Valle Inclán, Azorín, José Ortega y Gasset, Miguel Angel Asturias, el infaltable Rubén Darío, Juana de Ibarbouru, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral y Pablo Neruda. (107)

Creo que es suficiente la ojeada a estas siete publicaciones periódicas, especializadas y de difusión masiva, para comprender que la Venezuela intelectual de aquellas décadas estuvo en permanente exposición a la dinámica evolutiva del pensamiento y la creación literaria.

Investigadores de nuestra historia literaria como Mario Torrealba Lossi destacan que:

"... si los periódicos de Caracas no abundan en esta información sobre la política doméstica, resultaban prolíficos, en cambio, en lo concerniente a la vida científica y artística de París, Madrid, Londres y Nueva York, en cuyos sitios mantenían corresponsales". (108)

Señala Torrealba Lossi que siempre existió influjo español en nuestras letras. Se remonta a los Fernández de Moratín y los Feijoo, asomados en las páginas neoclásicas de Rafael María Baralty Cecilio Acosta. A Los Darra, Mesonero Romanos, Modesto la Fuente y Luis de Taboada, emparentados con nuestros costumbristas del XIX. Y a la generación del 98, en especial a Antonio Machado y Azorín, inspiradores de nuestra generación del 18. Culmina con los siguientes juicios:

"Si es verdad que los poetas del dieciocho - y más del veintiocho - se fueron tras las pisadas del simbolismo y del impresionismo, ya que Francia nunca dejó de ser la Meca cultural y artística de nuestras pequeñas naciones, asimismo es cierto que la literatura española jamás perdió su ascendencia - ni en los momentos cruciales de la década del diez - dentro de las corrientes, formas, estilos y modalidades que son característicos del proceso creativo hispanoamericano y venezolano. Junto a Charles Guerrín siempre estuvo aparejado un Juan Ramón Jiménez. Y al lado de Hugo - tan galo como hispánico - también estuvieron entre nosotros los personajes de Baroja, Valle Inclán, López de Ayala, Unamuno y Benavente". (109)

En lo que sí insisten varios análisis del proceso es en el influjo del 98 español en el 18 venezolano. Veamos el balance que establece Oscar Zambrano Urdaneta el cual, por recortar la cita, excluyó a los autores venezolanos anteriores leídos por esa generación:

"Los escritores del 18 leyeron, fundamentalmente autores franceses, españoles, hispanoamericanos y venezolanos. De los autores franceses se sabe que comenzaron por los románticos. Víctor Hugo, Alfred de Vigny, Lamartine; luego Charles Baudelaire y Nerval; el grupo de los poetas malditos, Verlaine, Mallarmé, Corbière, Lautréamont y Rimbaud. Del grupo de los simbolistas, tal vez Regnier y el malogrado Laforgue. Y, más cercanos a ellos den el tiempo, los poetas de la generación mutilada, Apollinaire, Claudel y Valéry.

De los españoles, comienzan con algunos de los poetas románticos y conservan vigencia, Bécquer, Campoamor, Núñez de Arce y Espronceda. Atención especial prestan a todo el 98, y muy particularmente a Unamuno, Machado y Valle Inclán. Paz Castillo he señalado que "la deuda de los escritores del

18 a los autores españoles, de los cuales, desde luego, pronto comenzaron a separarse en busca de otras orientaciones, es infinita.

Del mundo hispanoamericano, sus lecturas más frecuentes son los modernista, especialmente Darío, Lugones, Herrera y Reissig y Rodó, si bien habría que citar también a algunos precursores como José Asunción Silva y Salvador Díaz Mirón". (110)

También Miguel Otero Silva destacará influencia:

"Un brillante equipo de poetas, integrantes de la llamada generación del 18, había realizado para ese entonces fecundo esfuerzo enderezado a superar las fórmulas aparatosas del modernismo. Andrés Eloy Blanco buscaba la claraboya a través de un post-modernismo juglaresco, personal y centelleante; en tanto Fernando Paz Castillo emprendía con equilibrada sensibilidad la ruta umbrosa de Antonio Machado, o el camino clareado por el cromatismo de Juan Ramón Jiménez; y Luis Enrique Mármol se hacía eco a su manera de las preocupaciones filosóficas y metafísicas de Miguel de Unamuno". (111)

Y para ubicarnos en el tema de la aparición de la vanguardia literaria, es necesario mencionar a un autor y aun texto que produjeron ciertamente una gran conmoción en nuestros medios literarios de mediados de los veinte: Guillermo de Torres y su *Literaturas europeas vanguardias*, publicado en 1925.

Fue de Torre fundador de *La Gaceta Literaria*, colaborador de la revista de Occidente, integrante del movimiento ultraísta español. Con su obra capital se convierte en sustentador teórico del vanguardismo y en puente entre los grupos franceses e italianos con los españoles y de éstos con los hispanoamericanos. (112)

En la revista "Cultura Venezolana" se publicó, en el número de noviembre-diciembre de 1925, un capítulo, 'El nuevo espíritu cosmopolita. Aclaración sobre el actual cosmopolitismo literario', del libro de Guillermo de Torre. Y si José Carlos Mariátegui comentaba ese libro, el 28 de noviembre de ese mismo año, en "Variedades de Lima", en Caracas, Fernando Paz Castillo, en "Elite del 5 de diciembre, estaba haciendo lo propio y tomando partido al lado de los ultraístas españoles, cubistas franceses, futuristas italianos, expresionistas alemanes, imaginistas ingleses y tantos otros. (113)

Lo dirá cuarenta años más tarde Arturo Uslar Pietri (114), redactor en 1928 del editorial de la revista "Válvula", que cobijó la irrupción colectiva de la joven vanguardia literaria venezolana: "La primera noticia que nos llegó a nosotros sobre lo que estaba pasando en la literatura del mundo fue el libro de Gui-

lermo de Torre. Ese libro fue para nosotros una revelación. Porque coincidía con nuestro deseo de hacer otra cosa". (115)

Posiblemente ilustre sobre preferencias y posibilidades de lectura en aquellos tiempos el traer a colación dos testimonios. El uno de Pío Tamayo, el noble adelantado de la generación del 28, difusor de ideas marxistas entre los presos del gomecismo entre 1928 y 1934 (116). El otro, el de Arturo Uslar Pietri, también vanguardista pero no en el plano político, puesto que su familia era gomecista, sino literario.

Pío Tamayo participó, adolescente aún, en la pequeña ciudad de El Tocuyo, de un círculo de lectura al que llamaron sus jóvenes integrantes **El Tonel de Diógenes**. Según recuerdo uno de los participantes, entre 1914 y 1917, a la luz de un farol, el grupo leía lo que podía conseguir en bibliotecas de sus familiares y en una poco abundante librería de Barquisimeto: "Historia, literatura, filosofía, versos. Anatole France y Maupassant, Baudelaire y Verlaine, Darwin y Le Bon, Barbusse y Gabriel Miró, Jean Jaurés y Ferrer Guardia. Y Tolstoi, el gran Tolstoi de las barbas blancas y la pasión cristiana". (117)

Por su parte, Arturo Uslar Pietri, en Caracas y refiriéndose a su preparación para iniciar una búsqueda renovadora de las tendencias criollistas en la literatura, se refiere a la escasa e inconexa formación literaria que adquirió para mediados de los veinte. No tan escasa, diría yo si se tiene en cuenta que a sus dieciocho años:

"Habíamos podido leer en libros conocidos por azar algunos simbolistas como Gormount, D'Annunzio o Eugenio de Castro, la mezcla era sin orden ni concierto. Junto a Oscar Wilde leíamos a los primeros rusos, especialmente a Leonidas Andreiev. Sachka Yegulev y sus cuentos nos produjeron literalmente un deslumbramiento. Pudimos leer también a Korolenko y algunos cuentos de Tolstoi. Llegamos también a Henry Barbusse con su prosa contrastada y expresiva. Y desde luego los españoles de la hora: Valle Inclán, Machado, Azorín, Gabriel Miró. Recuerdo todavía el embeleso con que leíamos entonces **Figuras de la pasión** y **El Obispo Leproso**. Habíamos conocido al Queirós de las vidas de santo, al Kipling del **Libro de la Jungla** y nos había llegado desde la América Austral algún libro de cuentos de Horacio Quiroga". (118)

En respuesta a otro cuestionario dirá Uslar Pietri que en su iniciación hubo "...muchas lecturas heterogéneas, sin orden, dirección ni propósito. Poesía, novela, viajes, crónicas, Eugenio de Castro, Remy de Gourmont, Gómez Carrillo, Barbusse, Andreiev, Darío, Lugones, Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, Valle

Inclán, Guillermo de Torre, en su **Literaturas europeas de vanguardia**, Lorca, la 'Revista de Occidente', la 'Gaceta Literaria'. (119)

Y ya que se menciona a la "Revista de Occidente", existen testimonio que destacan el influjo de Ortega y Gasset en nuestra generación del 28. Uno de ellos, del poeta del 18, Fernando Paz Castillo:

"No es raro, por otra parte, que el nombre de Ortega y Gasset acuda fácilmente a mi memoria cuando hablo de esta época. Fue, sin duda, él, uno de los orientadores de estas generaciones. Una de las voces más oídas y más respetadas en el panorama intelectual de la época. Su posición de filósofo elegante, mundano, cautivó la mente de unos jóvenes -me refiero especialmente a los del 28-, que sentían inclinación hacia el mundanismo y hacia las manifestaciones sociales, mucho más, en realidad, que los del 18, ya formados cuando comienza el entonces llamado 'espíritu nuevo', por lo que se muestran siempre, en esa hora de urgentes renovaciones, como un poco solitarios, hueraños y, en verdad, de hábitos más intelectuales.

Ortega, su 'Revista de Occidente', ansiosamente esperada en cada una de sus entregas, y el equipo de hombres que la integran en Madrid, centro espiritual de aquella juventud, ejercieron poderosa influencia, sobre todo entre los del 28, con sus libros, muchos de valor indiscutible y otros de simple actualidad, pero, no obstante, de importancia dentro del panorama, de la cultura occidental". (120)

También Guillermo Meneses (121) exaltará la importancia de la revista ortegiana:

"De más está decir que era Ortega y su 'Revista de Occidente' la cúspide de los conocimientos que de España nos llegaban. La 'Revista de Occidente' significaba información sobre todo lo que se producía en Europa. La 'Revista de Occidente', nos daba la versión española de filósofos, novelistas, tratadistas, alemanes, ingleses, franceses y la vastísima distribución de los nuevos valores de lengua castellana. Alberti y García Lorca figuraron allí, al igual que el cubano Novás Calvo". (122)

Y, más allá de uno que otro texto o autor, señalará Meneses con cálida emoción el influjo de una España que se aprestaba a vivir la República en un grupo de jóvenes que deseaban derrocar una larguísima dictadura:

"Nos ayudaba a todos -y en alto grado- España. Eran justamente los momentos que preparaban la República. En la dictadura de Primo de Rivera hallábamos -erradamente, porque el general español era muy diferente al que gobernaba nuestro país- un reflejo tambaleante de Gómez. Nos sacudían Unamuno y Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón, Valle Inclán, mezclados

con los más jóvenes, con lo que nos mostraban las posibilidades del español contemporáneo...". (123)

Esta influencia española, de la Generación del 98 y, sobre todo de Unamuno y de Ortega y Gasset se prolongó en nuestro país por bastante tiempo, como lo demuestra el recuerdo, contado con la dulce ironía del inolvidable cuentista Orlando Araujo, acerca de sus lecturas e inquietudes filosóficas cuando adolescente, allá por tiempos de la Segunda Guerra Mundial, estudiante de bachillerato en el liceo Simón Bolívar de San Cristóbal:

"No eran lecturas ordenadas por una disciplina académica, sino aventuras emocionantes para volcarlas luego en las tertulias del propio Salón de Lectura o en las discusiones del Centro Philos en el Liceo, donde concurríamos los estudiantes de Tercero en adelante y a las cuales, como invitados especiales, asistían Rodolfo José Cárdenas y Valmore Acevedo Amaya del Colegio La Salle. Allí se citaba a Ortega y Gasset y el señor López de Meza sin guardar las naturales diferencias; y no faltaba quien pusiera la nota discordante del materialismo, citando los artículos de 'El Nacional' de Carlos D'Ascoli. Leíamos y hablábamos de Ganivet, de Unamuno, de Azorín. Recuerdo que Rodolfo José desarrollaba cierta vez el tema de las pruebas de la existencia de Dios y por allá se remontó con latín y todo en el 'vanitatis et omnia vanitas', a lo cual yo respondí con el 'plenitudo plenitudinis et omnia plenitudo' de Unamuno. Los estudiantes del Tercer año no entendían, pero se encogían ante nuestro furor. Creo que Rodolfo José y yo tampoco entendíamos". (125)

No sé cuanto entendía. Lo que sí sé es que adolescentes venezolanos de una lejana ciudad andina disputando por exégesis unamunianas, mientras el mundo ardía por sus cuatro costados, constituyen un buen testimonio de la importancia que esa generación, la del noventa y ocho español, ha tenido entre nosotros.

Notas

(1) Rafael Angel Rivas. **Fuentes documentales para el estudio de Rufino Blanco Fombona**, p. 34.

(2) Ibidem, p. 26. Ver también **El proceso contra Rufino Blanco Fombona**, Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, Nros. 64-65-66, enero-junio, 1970, pp. 232 sss.

(3) Ver acotación de Rufino Blanco Fombona, en 1929, a nota en su diario del 8-6-1904. **Rufino Blanco Fombona íntimo**, p. 42. Este libro es una antología hecha por Angel Rama de anotaciones de tres libros autobiográficos que Blanco Fombona publicó, a saber: **La novela de dos años**, 1929; **Caminos de Imperfección**, 1933; **Dos años y medio de inquietud**, 1942.

(4) Ver nota de 1942 a página en su diario del 27-1-1928. En **Rufino Blanco Fombona íntimo**, p. 275.

(5) Nota del 28-5-1904. Ibidem, p. 34.

(6) Proteico, pluriforme y controversial es denominada por Jesús Sanoja Hernández en su prólogo a Rufino Blanco Fombona, **Ensayos Históricos**, p. XII.

(7) En **Rufino Blanco Fombona íntimo**, pp. 269-270.

(8) Ibidem, p. 244.

(9) El texto de la nominación, a la cual se adhirieron intelectuales de varios países de América, en: Rafael Ramón Castellanos, **Rufino Blanco Fombona. Ensayo bibliográfico**, pp. 318-320.

(10) Nota en su diario de 1-09-1914. En **Rufino Blanco Fombona íntimo**, p. 238.

(11) Nota del 28-05-1904. Ibidem, p. 36.

(12) Ibidem, pp. 35-36.

(13) Ibidem, p. 313.

(14) Ibidem, pp. 252-253.

(15) José Gil Fortoul. 1861-1943. Vivió en distintos países europeos entre 1886 y 1910. Abogado, diplomático, parlamentario. Ministro de Instrucción Pública en 1912 y Presidente Encargado de Venezuela, el año siguiente. Historiador y filósofo de la historia. Novelista y ensayista, uno de los ideólogos mayores del gomecismo.

(16) Ver Pedro Penzini Hernández, **Vida y Obra de José Gil Fortoul**, pp. 84-86.

(17) *Ibidem*, pp. 121-122.

(18) Miguel Eduardo Pardo. 1868-1905. Novelista, cuentista, periodista. Vivió largos años en España y Francia. Publicó, entre 1892 y 1894 la columna "Madrileñas" en "El Cojo Ilustrado".

(19) Miguel Eduardo Pardo, **Todo un pueblo**, p. 8.

(20) Pedro Emilio Coll. 1872-1947. Cofundador de la revista "Cosmópolis". Sus obras principales: **El Castillo de Elsinor**, **La escondida senda**, **El paso errante**. Ministro, diplomático y congresista del régimen gomecista.

(21) Laureano Vallenilla Lanz, **Escrito de memoria**, p. 115.

(22) Pedro Emilio Coll, **El paso errante**, p. 24.

(23) José Manuel Castañón en el prólogo a **Pedro Emilio Coll**, p. 5.

(24) Ramón Gómez de la Serna, **Auto-moribundia 1888.1948**, vol. II, p. 742.

(25) Manuel Díaz Rodríguez. 1871-1827. Novelista y ensayista de preciosista estilo. Además de los reseñados publicó, entre otros, **Camino de perfección**, y **Peregrina**. También Ministro, congresista y diplomático del gomecismo.

(26) Ver **Manuel Díaz Rodríguez entre contemporáneos** compilación de Fernando Paz Castillo), tomo I, pp. 95-106 y 107-114. "El Cojo Ilustrado" fue la principal revista cultural venezolana. Circuló entre 1892 y 1915.

(27) Ver Manuel Díaz Rodríguez, "Sangre de Hispania fecunda" en **Sermones líricos**, p. 235.

(28) *Ibidem*, p. 239.

(29) *Ibidem*, p. 246.

(30) Francisco Antonio Rísquez. 1856-1941. Fundador de Cátedras en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela; fundador de la Academia de Medicina y Presidente varias veces de ella; investigador dedicado al estudio y tratamiento de problemas sociales; Rector de la Universidad Central de Venezuela.

(31) Antonio García Ponce, "Rísquez, olvidado en España", "El Nacional" 27-8-1991, A-5.

(32) Ministerio de Instrucción Pública, Venezuela. **Memoria de Instrucción Pública**, 1913, p.101.

(33) Juan Liscano, **Rómulo Gallegos y su tiempo**, p. 114.

(34) Ver 'Necesidad de valores culturales', "El Cojo Ilustrado", No. 496, 15 de agosto de 1912. Reproducido en Rómulo Gallegos, **Una posición en la vida**, tomo 1, pp. 82-110.

(35) José López Rueda, **Rómulo Gallegos y España**, pp. 131-136.

(36) Ibidem, ver testimonio de Isaac J. Pardo, pp. 131-136.

(37) Ibidem, pp. 24-25.

(38) Ibidem, p. 133.

(39) Ibidem, pp. 147 y 29.

(40) Ibidem, pp. 29-30.

(41) Ver José Tomás Jiménez Arráiz, **Recuerdos**, pp. 99-102. Y también testimonio del mismo Jiménez Arráiz en Eduardo Arcila Farías, **1928, responden los protagonistas**, p. 98.

(42) José López Rueda, Op. cit., p. 140.

(43) Esas conferencias fueron publicadas, en marzo de 1931, por la Federación de Estudiantes Universitarios de Cataluña y Baleares. Ver "El movimiento estudiantil de 1928. Antología documental", **Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX**, No. 10, pp. 663-701.

(44) José López Rueda, Op. cit., p. 148-149.

(45) Arístides Bastidas, **Rafael Vegas**, pp. 138-139.

(46) Ibidem, pp. 131-139. De este grupo de venezolanos, admiradores los más de Azaña y fervientes republicanos en España y, posteriormente, destacados profesionales e intelectuales en Venezuela, será Rafael Vega, médico y educador, Ministro de Educación en los cuarenta, quien tuvo mayor figuración en nuestra historia.

(47) Miguel Otero Silva, **Oficina No. 1**, p. 127.

(48) Idem.

(49) Miguel Otero Silva. 1908-1985. Humanista, político, periodista, propietario de el diario "El Nacional". Novelista, autor, entre otras, de **Casas muertas; Cuando quiero llorar no lloro; Lopes de Aguirre, príncipe de la libertad**. Toda su obra está editada por Seix Barral.

(50) Miguel Otero Silva, "Sobre Cataluña y los catalanes", en **Ocho palabras**, pp. 89-90.

(51) Rómulo Betancourt. 1908-1981. Líder máximo de la Generación del 28. Fundador del partido Acción Democrática. Presidente de Venezuela, de facto entre 1945-1947 y, electo, entre 1959-1964. Político, periodista e intelectual, escribió varios textos de análisis histórico político.

(52) Su primer libro, conjuntamente con Miguel Otero Silva, se tituló **En las huellas de la pezuña**, publicado en 1929 en Santo Domingo.

(53) **Archivo de Rómulo Betancourt**, tomo 1, 1917-1929, pp. 42-43.

(54) *Ibidem*, p. 41.

(55) Antonio Arráiz. 1903-1962. Poeta que con **Aspero**, 1924, insurge contra el modernismo. Novelista: **Puros Hombres**, es la novela de la cárcel gomecista. Cuentista. Director fundador del diario "El Nacional", en 1943.

(56) Antonio Arráiz, **Suma poética**, pp. 108-110.

(57) Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, *Op. cit.*, en "El movimiento estudiantil de 1928. Antología documental", p. 462.

(58) Ver Arístides Bastidas, *Op. cit.*, p. 48. Y referencia directa del asunto por Isaac J. Pardo, en Eduardo Arcila Farías, *Op. cit.* p. 78.

(59) Cecilio Chío Zubillaga. 1887-1948. Intelectual auto didacta, humanista, se expreso a través del ensayo y el periodismo. Animador intelectual y cultural en la provincia venezolana. Precursor de la confluencia de ideas socialistas y cristianas.

(60) Juan Páez Avila, **Chío Zubillaga, caroreño universal**, pp. 166-167.

(61) Rafael Pizani. 1909. Abogado, profesor universitario del derecho magistrado. Rector de la Universidad Central de Venezuela, 1943-1944, Ministro de Educación 1958-1960.

(62) Rogelio Pérez Perdomo, **Los abogados en Venezuela**, p. 358.

(63) **Cartas de Blanco Fombona a Unamuno** (introducción y recopilación de Marcos Falcón Briceño), p. 6. Destacará Julio César Chaves, **Unamuno y América**, que Unamuno escribirá primero en "El Cojo Ilustrado" de Caracas que en **La Nación** de Buenos Aires.

(64) *Ibidem*, p. 7.

(65) *Ibidem*, p. 8.

(66) *Ibidem*, p. 78.

(67) Ramón Urdaneta, "Unamuno enjuicia a Gallegos", en **Relectura de Rómulo Gallegos**, pp. 189-193. Citado en José López Rueda, *Op. cit.*, p. 68.

(68) **Cartas de Blanco Fombona a Unamuno**, p. 55.

(69) Leonardo Altuve Carrillo, **Yo fui embajador de Pérez Jiménez**, p. 23.

(70) Raúl Agudo Freites, **Pío Tamayo y la vanguardia**, pp. 50-51.

(71) *Ibidem*, p. 51.

(72) *Ibidem*, p. 58. Según Jesús Sanoja Hernández, Villaespesa publicó en Caracas, además de su drama **Bolívar**; **La estrella solitaria**; **El encanto de la Alhambra**; **Los conquistadores** y su poema en cuatro actos **El alcázar de la perlas**. Ver prólogo a "La prensa clandestina y otros documentos", **El pensamiento político venezolano del siglo XX**, No. 11 p. XXIV.

(73) Raúl Agudo Freites, *Op. cit.*, p. 59. Lamentablemente no fue Villaespesa el único en incurrir en el desliz del contubernio con un dictador venezolano. En los años cincuenta, Camilo José Cela se paseó por Venezuela con apoyo oficial y, en retribución, escribió una pobrísima novela de título y temas venezolanos: **La catira**.

(74) José Rafael Pocaterra. 1889-1955. Cuentista, autor de **Cuentos grotescos**; periodista, novelista y político. Preso del gomecismo por conspirador entre 1919 y 1921, en los calabozos de La Rotunda escribe **La vergüenza de América**, base de su posterior texto clásico **Memorias de un venezolano de la decadencia**. Embajador ante la URSS en 1945 y ante los EEUU en 1949.

(75) José Rafael Pocaterra. **Memorias de un venezolano de la decadencia**, 2, p. 24(6).

(76) Raúl Agudo Freites, *Op. cit.*, pp. 61-62.

(77) *Ibidem*, p. 59.

(78) José Rafael Pocaterra, *Op. cit.*, pp. 246-247.

(79) Mariano Picón Salas. 1901-1965. Humanista, fundador y primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. Ensayista de temas histórico-culturales: **De la conquista a la independencia**, **Los días de Cipriano Castro**, **Comprensión de Venezuela**, figuran entre sus principales obras. Diplomático. Organizador del Instituto Nacional de la Cultura y Bellas Artes.

(80) Mariano Picón Salas, **Comprensión de Venezuela**, pp. 212-213.

(81) *Ibidem*, p. 212.

(82) Ver "La prensa clandestina y otros documentos", **El pensamiento político venezolano en el siglo XX**, No. 11 pp. XXIV-XXV.

(83) Mariano Picón Salas, *Op. cit.*, p. 212.

- (84) Juan Liscano, *Op. cit.*, pp. 78-79.
- (85) Miguel Otero Silva, **Fiebre**, p. 171.
- (86) *Ibidem*, pp. 167-171.
- (87) Fernando Key Sánchez en: **Pío Tamayo, un combate por la vida** recopilación y entrevistas por Sananes, Blanco Muñoz, Tamayo, Mujica), p. 154.
- (88) Rodolfo Quintero en: Eduardo Arcila Farías, *Op. cit.* p. 75.
- (89) Juan Bautista Fuenmayor, **Historia de la Venezuela política contemporánea**. Citado en: Julio Jodio, **El movimiento obrero venezolano 1850-1944**, p. 61.
- (90) Leonardo Rodríguez **La clase obrera en el tiempo de Gómez, 1908-1935**, p. 10.
- (91) **Libro Rojo**, p. 101.
- (92) Ver testimonio de Rodolfo Quintero en: Eduardo Arcila Farías, *Op. cit.*, pp. 72-73.
- (93) Miles Useche, 'Bagarranato social', "El Nacional", 25-2-1992, A-5.
- (94) Ramón González Escorihuela, **Las ideas antimperialistas y socialista en el Táchira**, p. 114.
- (95) Ver testimonio de Isidro Vallés, en: Eduardo Arcila Farías, *Op. cit.*, pp. 158-159.
- (96) Nelson Osorio T., **La formación de la vanguardia literaria en Venezuela**, p. 156.
- (97) María de Lourdes Acedo y Carmen Margarita Nones, **La generación venezolana de 1928**, p. 110.
- (98) Quien acuña el término es Rómulo Betancourt, **Venezuela, política y petróleo**, p. 87. Muchos otros se hacen eco, entre ellos Marcel Granier, **La generación de relevo vs. el Estado omnipotente**, p. 57.
- (99) Pedro Grases, "Instituciones y nombres del siglo XIX", **Obras**, vol. 6, p. 100.
- (100) Julio Rosales, "El Cojo Ilustrado", p. 74.
- (101) *Idem*.

(102) **Antología de la Revista Cultura** estudio introductorio y selección de Lyll Barceló Sifontes y Oscar Rodríguez Ortiz), pp. 283-287.

(103) Yolanda Segnini, **Las luces del gomecismo**, p. 148.

(104) Cesia Ziona Hirshbein, **Hemerografía venezolana 1890-1930**, pp. 463-501.

(105) María Josefina Tejera, **José Rafael Pocaterra: ficción y denuncia**, pp. 25-30.

(106) Cesia Ziona Hirshbein, Op. cit., pp. 463-501.

(107) Yolanda Segnini, Op. cit., pp. 153-171.

(108) Mario Torrealba Lossi, **Los años de la ira**, p. 183.

(109) Ibidem, p. 184.

(110) Oscar Samorano Urdaneta, Prólogo a **Poesías**, de Fernando Paz Castillo. Citado en: José Ramón Medina, **50 años de literatura venezolana**, p. 23.

(111) Miguel Otero Silva, en revista "Papeles", No. 1, julio 1966. Citado en: José Ramón Medina, Op. cit., p. 61.

(112) **Los vanguardista españoles 1925-1935** selección de R. Buckley y J. Crispin), p. 428.

(113) Nelson Osorio T., Op. cit., p. 149.

(114) Arturo Uslar Pietri. 1906. Novelista, cuentista, ensayista. Se pueden destacar, entre sus novelas a: **Las lanzas coloradas; La isla de Robinson; Oficio de difuntos;** La visita en el tiempo. Como periodista mantiene la columna 'Pizarrón' desde hace varios decenios en una treintena de periódicos de habla castellana. Como político fue Ministro de Educación, de Hacienda y de la Secretaría de la Presidencia en la década del cuarenta. Candidato presidencial en 1963.

(115) Ver Prólogo de Domingo Miliani en: Arturo Uslar Pietri, **Barrabás y otros relatos**, p. 21.

(116) Pío Tamayo. 1898-1935. El poeta de "Homenaje y demanda del indio", leído en la Semana del Estudiante de 1928 y en el que reclamaba la libertad para el país. Intelectual autodidacta, exilado entre 1922 y 1926 en Estados Unidos, el Caribe y Centroamérica, participa en movimientos populares e incursiones en la poesía vanguardista. Preso entre 1928 y 1934, adoctrina en las concepciones marxistas a grupos de estudiantes en prisión, de la cual sale fatalmente enfermo.

(117) Raúl Agudo Freites, Op. cit., p. 139.

(118) Arturo Uslar Pietri, "Mi primer libro", en **Barrabás y otros relatos**, p. 30.

(119) Domingo Miliani, **Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano**, pp. 40-41.

(120) Fernando Paz Castillo, en Prólogo a **Poesía** de Pablo Rojas Guardia. p. 11.

(121) Guillermo Meneses. 1911-1969. Jefe de Redacción de "Elite" y Director del Suplemento Literario de "El Nacional". Cronista de la ciudad de Caracas. Destacó como novelista: **El falso cuaderno de Narciso Espejo**; **La misa de arlequín**, entre otras. Y como cuentista de, entre ellos: **La mano junto al muro**; **La balandra Isabel llegó esta tarde**.

(122) Guillermo Meneses, 'Nuestra Generación Literaria', Revista "El Farol", No. 197. Citado en: Domingo Miliani, **Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano**, pp. 41-42.

(123) Guillermo Meneses, 'El número aniversario de Elite de 1930', "Elite", 18-09-1965. Citado en: María de Lourdes Acevedo y Carmen Margarita Nones, Op. cit., p. 110.

(124) Orlando Araujo. 1928-1989. Economista, profesor universitario, autor de **Situación Industrial de Venezuela**. Militante político de izquierda, escribió **Venezuela violenta** y **Operación Puerto Rico sobre Venezuela**. Notable ensayista y crítico literario: **Lengua y creación de la obra de Rómulo Gallegos**. Excelente cuentista: **Compañero de viaje**.

(125) En: **El liceo Simón Bolívar** maestros y alumnos cuentan su historia), p. 163.

Versión Texto

Relaciones culturales entre Venezuela y España 1900-1935

Leonardo Carvajal
Escuela de Educación/UCV

MOTIVACION

No nos conocemos demasiado. De allá para acá, fueron Serrat y Julio Iglesias hace unos años. Y ahora, Mecano y Almodóvar los que convulsionan a los grupos juveniles y otoñales. Goytisolo y Cela, también, pero a muchísimos menos. El Rey, su sonrisa franca, premio Simón Bolívar, con Mandela, en 1983. Los partidos de Barca, de Real Madrid, del Sevilla, en directo, por la TV sabatina o dominical. El enésimo Raphael, de visita casi todos los años. Al igual que la Durcal. Y, muy de vez en cuando, Els Joglars o la Cristina Hoyos. Y, por supuesto, Felipe González, de pana y cuello abierto, visitando a don Rómulo Betancourt, en los setenta, recaudando fondos y consejo para el semiclandestino PSOE. Y Felipe González, de corbata y vara larga de líder mundial, apurando a Carlos Andrés Pérez, en los noventa, para que aprovechemos el crédito, blando y atado de 1000 millones de dólares que nos ofrece. ¡Ha! y desde que tengo memoria, desde los cincuenta, los Ordóñez y los Dominguín, hasta llegar a los Ortega Cano, pasando por el inefable Manuel Benítez.

Y de aquí para allá, mucho, infinitamente menos. Y eso apenas de dos años para acá. Porque casi, casi, Venezuela fue descubierta por los españoles a partir de Cristal. Con ella empezamos a existir, a ser, a tener un habla, un deje, una textura de piel, a ocupar un lugar preciso en el mapa, diferenciando del territorio genérico donde habitan los sudacas. Y en pleno boom de nuestro segundo producto de exportación, las esperpénticas telenovelas, el Premio Príncipe de Asturias de literatura para un venezolano cuya mejor obra **Las Lanzas Coloradas** fue publicada hace sesenta y un años, en aquel París surrealista donde Arturo Uslar Pietri hacía peña con los predestinados Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier. Ahora, el gran público espa-

ñol lo conocerá por su recentísima e inferiorísima **La visita en el tiempo**, por el Premio y, sobre todo, por ser compatriota de Jeanette Rodríguez y de Carlos Mata. Más allá de lo dicho y de un Carlos Andrés Gromómano, ¿qué se conoce de Venezuela en España? No me toca a mí responder. Pero si tal es el presente, ¿cabe pensar que en alguna otra época en que el mutuo conocimiento y acercamiento, naturalmente entre las élites, haya sido más estrecho?

Ese es el sentido de este artículo. Pues sostengo que hubo, durante las primeras décadas de este siglo, una relación más cálida y significativa entre venezolanos y españoles. Trataré de mostrarlos a través de cinco cuadros, tratado todos –y esto es importante recalcarlo de entrada– con la técnica de la exploración puntillista. Porque no pretendo agotar ningún tema sino, más bien, delinear pistas para una investigación sistemática que podría y debería hacerse al respecto.

1. Un venezolano, Rufino Blanco Fombona, Gobernador en la España republicana.

A mediados de 1945 una Corte especial para la represión francmasonería en España condenó al venezolano Rufino Blanco Fombona, en ausencia, a doce años y un día de prisión, con absoluta y perpetua prohibición de ocupar cargos públicos en tal país.(1)

Cierto que se le condenaba en ausencia y por partida doble. Porque Blanco Fombona no sólo había abandonado España desde 1936, sino que había muerto, en 1944 a los sesenta años de edad.

Pero esta condena póstuma por parte del aparato judicial franquista no hacía sino poner coherente colofón a una larga lista de persecuciones que Rufino Blanco Fombona padeció en España en los tiempos en que en ésta rigieron gobiernos dictatoriales.

En 1923, en efecto, las autoridades españolas, a petición del gobierno venezolano, secuestraron e incineraron su libro **La**

máscara heroica, diatriba contra el gomecismo. Sin embargo, siguió circulando la obra en ediciones clandestinas y, ese mismo año, los intelectuales españoles efectúan una sesión solemne en el Ateneo madrileño para leerla públicamente.(2)

También fue en los años veinte cuando se suprimieron los títulos de sus libros de los catálogos de la Biblioteca Nacional de Madrid y cuando fue detenido por asistir a un banquete de intelectuales, conjuntamente con Francisco Largo Caballero, Álvaro Albornoz y Fernando de los Ríos.

Rufino Blanco Fombona fue, y es una de las caras de su personalidad, hombre político, sujeto como tal a los avatares de la lucha. Exiliado de la Venezuela gomecista, residió en España desde 1914 a 1936, retornando a Caracas a los pocos meses de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez. Mantuvo implacable campaña periodística y novelística en contra del régimen gomecista, participando en la organización de la fracasada expedición revolucionaria de Falke en 1929. Pero también vivió intensamente la política española. En qué bando estuvo lo aclara un texto suyo de 1929:

“Pero es que al lado de esa España cavernaria, retardataria, católica, monástica, monárquica, pétreo, feroz, odiosa —esa España de Solana, de Regoyos, de Verhaeren, del Escorial, de los obispos, de los nobles, de los reyes, de la persecución, del militarismo, del capitalismo, de las represiones, de la censura, de la mentira política, del formalismo, de la incuria, del robo y del crimen— hay otra España, una España de alma nueva, de ímpetus audaces, una España toda aurora, toda sonrisa, y generosidad, tan España como la otra y aún más. Esta España también posee una tradición venerable: es la España del Viriato, de Sagunto y de Numancia, la España del Califato de Córdoba, la España de los comuneros y libertades de Castilla, la España de las Leyes de Indias, la España de los guerrilleros contra Napoleón, la España republicana de Castelar y Pí y Margall, la España desesperada de Costa, la España socialista, la España que hoy representan en las letras Unamuno y en la política Julián Besteiro. (...) Merced a tales elementos de renovación —que son los verdaderos elementos

conservadores— este viejo pueblo, España, parece siempre joven y no se ha ido cayendo a pedazos o convirtiendo en polvo, como las momias del Escorial.”(3)

Militó Blanco Fombona en el partido Radical y en tal carácter Lerrouz lo designa, en 1932, Gobernador de Almería y luego de Navarra, en virtud de una disposición legal de la República española que concedía la doble nacionalidad a los hispanoamericanos con muchos años de residencia en ella.

Al partido Radical renuncia, en 1923, sin abandonar su admiración por Lerrouz, por discrepar de la alianza que el radicalismo hizo con Gil Robles. Quedó entonces, sin ingresar a ningún otro partido, como “un republicano de izquierda, limítrofe del socialismo” como se autodenominó.(4)

Y en verdad que ésta, la socialista, había sido su opción desde sus primeras estadías en España. El 28 de mayo de 1904 escribía juicios tajantes al respecto:

“Entre España y el siglo en que vivimos existe un divorcio radical. Aquí se concibe la vida de muy distinto modo de como se concibe en el resto del mundo: de allí la inferioridad actual de España, respecto de otros pueblos. Pero el día, que ha de venir, en que la modalidad existente de civilización cambie, gracias al triunfo del socialismo, España, que lo combate con tenacidad —como ella siempre combatió— volverá a ser un gran país. Un gran pueblo lo ha sido siempre.” (5)

Haría falta estudiar a Blanco Fombona en su específica actividad política en España. Medianamente lo ha sido en tal rol en Venezuela, donde fue Gobernador del Territorio Federal Amazonas entre 1905 y 1906 y luego, a su regreso del exilio, Gobernador del Estado Miranda entre 1936 y 1937, amén de su ya señalada labor como publicista opositor a Juan Vicente Gómez durante casi tres décadas.

Pero esa no fue sino una de las múltiples caras de este hombre proteico. (6) Creador y crítico literario, poeta modernista cuya **Pequeña lírica**, publicada en Madrid en 1904, fuese prolo-

gada por Rubén Darío, compañero de tertulias y correrías. Novelista de **El hombre de hierro**, entre muchas otras. Ensayista y crítico perspicaz, escribía con desparpajo en su Diario, el 25 de enero de 1928:

“Entre los poetas españoles jóvenes que prefiero colocaría primero a García Lorca. (...) Otro poeta español joven muy celebrado se llama Alberti, también andaluz. Me gusta muchísimo menos que Lorca. (...) Alberti podría hacer algo bueno. Cuando imite menos a Góngora. En Guillén hay materia prima y adquirida. ¿Qué le falta perder a este sabio? El llamado Salinas cuando cultivase otra cosa que la poesía y pierda algunos kilos de suficiencia y petulancia será quizás tolerable como profesor. Poeta es lo que no será nunca.”(7)

Deberá Blanco Fombona al estímulo español –así lo reconocerá textualmente– el haber podido escribir más de cincuenta obras. Porque España le proporcionó una atmósfera propicia a las ocupaciones de la inteligencia.(8) Por su parte, también reconocerá España, representada por sus intelectuales de variadas tendencias, los méritos de Blanco Fombona. Por eso propondrán su nombre, en 1928, para el Premio Novel de Literatura, entre otros, Manuel Machado, Gómez de Baquero, Américo Castro, R. Menéndez Pidal, G. Maura, el conde de Romanones, Julián Besteiro, Gregorio Marañón, Ramón del Valle-Inclán.(9)

Faceta importantísima en la vida intelectual de Blanco Fombona fue su tarea de ensayista de la historia, asumida con conciencia y pasión hispanoamericanista. Publica varios textos sobre Bolívar, uno de los cuales, en 1914, Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, con introducción de don Miguel de Unamuno. Su mejor obra en este campo será El conquistador español del siglo XVI, con cuatro ediciones en Madrid entre 1921 y 1935.

Blanco Fombona no rechaza o anatemiza el vínculo de América con España. Por el contrario, señala con fuerza que “Somos carne de su carne, espíritu de su espíritu. Por ella somos”(10). Hispanoamericanista confeso asume que América no

es sino “la continuidad de España –de la mejor España– en el tiempo y en el espacio.”(11)

Reflexiona, en su Diario, a tono con tal sentir, sobre las razones por las que España se sumió en la lejanía e ignorancia sobre nuestros pueblos:

“Vencida, expulsada España de América –expulsada no racial, no sentimental, no cultural, sino políticamente– la soberbia española no quiso oír hablar más de nosotros. España en todo el siglo XIX estuvo cometiendo esta bella locura: nos ignoró. Para ella no existimos. Nuestros amores se fueron naturalmente hacia otros países; y detrás de nuestros amores, nuestro comercio, nuestro oro. (...) Parece increíble el absurdo español de todo el siglo XIX con respecto a nosotros. Bien es verdad que el siglo XIX español ha sido el siglo de la ceguera y la picardía en la política; del heroísmo derrochado en pronunciamientos; del romanticismo de conducta en los mejores, en los Castelar, Pí y Margall, y de la sensualidad, corrupción, farsa, fanatismo, saqueo, en los Fernandos, en las Cristinas, Isabeles y personajes de la Restauración. Todo fingía hacerse, pero nada se hacía. España parecía un pueblo moderno de vida real y era, por culpa de sus dirigentes, un pueblo de ficción. No había, en verdad, sino la mentira oficial, la concupiscencia y el clericalismo. Hizo España veinte guerras y ninguna Revolución.”(12)

Superar los mutuos desconocimientos fue objetivo de sus labores como ensayista histórico, como Vicepresidente de la Sección Iberoamericana del Ateneo de Madrid, en 1930, y, sobre todo, de la ciclópea tarea que realizó durante veinte años, en Madrid, entre 1915 y 1935, al frente de la Editorial América, que fundó y dirigió.

Nueve colecciones publica dicha editorial, destacándose entre ellas la Biblioteca Andrés Bello, con setenta y tres títulos de literatura americana; la Biblioteca Ayacucho, con setenta y tres volúmenes relativos a la historia de América; la Biblioteca Porvenir, con doce títulos sobre filosofía y sociología marxistas. Sin

contar las reediciones, la Editorial América publicó en esa escasa veintena de años trecientas veintiuna obras diferentes.

Esta sola y tesonera labor justificaría una vida. Para Blanco Fombona, vividor empedernido, no fue apenas sino una faceta más. Novelista, poeta, crítico, político de dos patrias, editor. Miembro de Academias sí, más también duelista, aventurero y mujeriego inveterado. Hombre trágico y desgarrado, individualista y socializante, observador permanente y descontento de sí mismo. Hombre de acción y de pensamiento, siempre se sintió inacabado, imperfecto. Plasmaba en su Diario, el 2 de junio de 1930, lapidarias autocríticas:

“He vivido largo tiempo; pero no he sabido aprovechar la vida; la he derrochado; no he hecho nada (...) No he sido sino un aficionado de todo: arte, letras, mujeres, política. He vivido una vida en espera, una vida provisional, aguardando lo que no iba a llegar nunca.”(13)

Pero pese a juicios tan duros, típicos de su carácter extremista, hubo una actividad hasta ahora no comentada de la cual Rufino Blanco Fombona se sintió asaz orgulloso: el periodismo. En efecto, durante muchos años fue columnista en “La Voz”, “El Sol” y “El Heraldo” de Madrid y, conjuntamente con Azorín, Valle Inclán, Marañón y Gómez Baquero, uno de los cinco articulistas más cotizados de España. Pero su orgullo no provenía, por supuesto, del sitial alcanzado sino de los logros históricos que entendía haber contribuido a forjar a través de la difusión de concepciones políticas:

“Siempre me atrajo la política. La política, en toda democracia, es actividad de aquel que sienta los deberes de la ciudadanía y no sea indiferente a la suerte de sus semejantes.

En España, durante la monarquía, a menudo inconstitucional, de Alfonso XIII, no cabía más acción pública digna que la del periodista independiente: la he ejercido, con la amplitud que se pudo, sin adulación y sin flaquezas, contra la dictadura de Primo de Rivera y la monarquía de Alfonso XIII.

La República nació por los abusos ilegales, liberticidas y suicidas de la monarquía; pero no sólo por eso. También se produjo por obra de un diarismo valiente, abnegado, insobornable; y merced a la instalación constante, por medio de la prensa, de las teorías democráticas en la conciencia española. Reclamo entre esos periodistas republicanos de Madrid un puesto, el más modesto, el último, pero lo reclamo.”(14)

2. De José Gil Fortoul, conferencista en el Ateneo madrileño, a Miguel Otero Silva, orador político en Lérida, con Dolores Ibarruri.

Si Rufino Blanco Fombona, como acabamos de ver, tuvo la más dilatada y significativa trayectoria intelectual y política que venezolano alguno haya tenido en España, otros de su generación también mantuvieron estrecha vinculación con la intelectualidad española de su época. Residieron esos venezolanos por algunos años en España, algunos de ellos en funciones consulares y diplomáticas y en tales estadías incursionaron en campos tan variados como la literatura, la política, la medicina.

José Gil Fortoul (15) residió por un par de años en España, entre 1886 y 1887 y figuró como miembro del Ateneo de Madrid. Espíritu cosmopolita, hilvana, a sus 25 años, en el escenario del Ateneo, exposición sobre la “Aplicación del análisis matemático a las ciencias”, mientras que al ingresar, en 1887, a la Academia médica española, expone en su discurso “Los médicos alienistas y los tribunales de justicia” concepciones que sólo para 1912, en sus tesis de doctorado, plantará Luis Jiménez de Asúa (16). De su obra clásica, **Historia Constitucional de Venezuela**, dirá Miguel de Unamuno, en 1909: “Al correr de las páginas de su libro, por primera vez, me pude dar cuenta precisa de lo que fue ese gran movimiento de transformación americana”. (17)

Quien sí vivió bastantes años de su corta vida en España fue Miguel Eduardo Pardo (18), precursor de la novelística venezolana con **Todo un Pueblo**, costumbrista amargo y desenfadado,

que se integró plenamente a los círculos intelectuales y de bohemia madrileña:

“Me reunía con Dicenta, con Taboada, con Valle Inclán, con Benavente, en el café; con Bobadilla en el Ateneo; con Manolo Paso en la calle; con Celso Lucio en el escenario del Apolo; con Palomero y con Fuente en todas partes; con Jacinto Octavio Picón en su casa. Cuando asistía a un estreno de Echegaray me creía en el deber de felicitarle derramando lágrimas como avellanas...” (19)

Entre quienes tuvieron la amistad y el respeto de lo más conspicuo de la intelectualidad española estuvo el ensayista y cuentista Pedro Emilio Coll (20), contertulio en el Fornos de Pío Baroja (21), amigo de Pérez Galdós, Unamuno, Valle Inclán (22). Irresistiblemente conservador, a Pedro Emilio lo hace figurar Ramón Gómez de la Serna en sus **Pombo**, biografía de la tertulia madrileña (23). Y, más aún, el venezolano será uno de los nueve contertulios que inmortaliza el célebre cuadro de Solana que por muchos años colgó en el Café Pombo. Gómez de la Serna revelará años después que él se empeñó en que Pedro Emilio Coll apareciese en el retrato “porque le quería y porque representaba muy dignamente al contertulio americano”. (24)

Pero también hubo quien polemizó muy acremente con figuras españolas. Manuel Díaz Rodríguez (25), de cuyas novelas **Ídolos Rotos** y **Sangre Patricia** escribió Miguel de Unamuno sendos y laudatorios estudios para “El Cojo Ilustrado”, en 1901 y 1903 respectivamente (26), se enfrenta a la afirmación de Pío Baroja de ser la América, con excepción de los EEUU, “el continente estúpido”.(27)

Le contrapondrá Díaz Rodríguez la observación de Joaquín Costa con quien compartió pensión en París: “Estoy convencido de que el nivel de cultura media es entre vosotros [los hispanoamericanos] superior al de España”. (28)

Se molestó mucho nuestro novelista ante el desplante barojiano porque en el fondo esperaba que así como por estos lares él había sido uno de los intelectuales que habían “españolizado”,

por los de España, en vez de reprochárselo, sus congéneres “hispanoamericanizasen” tal como hacía Unamuno. (29)

Y esa conciencia abierta, sin resquemores ni segregaciones, es la que hacía que un Francisco Antonio Rísquez (30), Doctor en Medicina y Farmacia por las universidades de Caracas y de Madrid, eminente docente e investigador universitario en Venezuela, también dejara huella precursora, lamentablemente no recordada, en España. Rísquez dicta, en enero de 1902, ciclo de conferencias en Málaga sobre los pobres y la higiene. Fue el quien primero intentó calcular las necesidades energéticas del obrero español, ubicándolas entre 3.250 y 3.500 calorías diarias. Sus estudios los publicó en el libro **Estudios Higiénicos**, editado en Madrid en 1909. También edita, en 1909, su **Conferencia sobre los microbios y las infecciones**, dictada en el Ateneo farmacéutico de Madrid, amén del **Curso completo de patología general y su clínica**, publicado en 1906 en Barcelona. (31)

Rísquez fue enviado por el gobierno venezolano, en 1913 por varios países europeos a fin de observar las innovaciones educacionales. En su carácter de Comisionado del Ministro de Educación Pública, en la primera conferencia informativa que dicta en Caracas a su regreso, razonará el por qué, estando Venezuela en vísperas de iniciar la reforma estructural de su sistema educativo, convenía inspirarse más que nada en la experiencia española:

“Fue en España donde más de bulto aprecié nuestras necesidades y vi las huellas de recientes progresos por el camino que tenemos que recorrer nosotros (...) Pensar que nosotros, donde todo está por hacer, podamos implantar de lleno los adelantos de Bélgica o de Suiza, de Alemania, o de Francia, o de Italia misma, sería inocentemente utópico. España marca para nosotros el período de transición por donde hemos de pasar necesariamente...”. (32)

De posterior generación, pues nace en 1884, Rómulo Gallegos no viajará a España sino en su madurez. En 1926 lo hace como turista y a fines de 1928, nuevamente, para entrar en tratos

con el editor Emilio Araluce, de Barcelona, para la publicación, pagando Gallegos el costo de la edición, de **Doña Bárbara**, de la cual se trae a Caracas, a comienzos de 1929, la mayor parte de los ejemplares.(33)

Gallegos es para el momento, Director del liceo Andrés Bello, el principal de Venezuela y ha publicado dos novelas: **El último solar** y **La Trepadora**, varios cuentos y obras de teatro. La desconfianza de Ramón Araluce se borrará bruscamente cuando un Jurado integrado por Eduardo Gómez de Baquero, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique Diez Canedo, Gabriel Miró, Pedro Sáinz Rodríguez y Ricardo Baeza, proclama a **Doña Bárbara** la mejor novela del mes, en septiembre de 1929. En 1930 la reeditará, ahora sí corriendo el editor con todos los gastos y, en lo sucesivo, también a **Reinaldo Solar**, **La Trepadora** y nuevas obras como **Cantaclaro** y **Canaima**, las que Gallegos, ya como exiliado, escribirá en España.

Gallegos, pues llega en plena madurez a España, la cual se convierte en plataforma de lanzamiento de su obra como novelista a nivel americano y europeo.

Pero antes, mucho antes, España ha llegado a Gallegos a través de dos autores de la generación del 98 a quienes cita con frecuencia en sus primeros ensayos de juventud. Así, para 1912, sostendrá en artículo de “El Cojo Ilustrado”, con Ángel Ganivet, la tesis de la necesidad de dirección de la sociedad por parte de la inteligencia. También citará en ese texto a Ramiro de Maeztu en torno a la idea de que una democracia sería ingobernable si no estuviese manejada por profesionales. Aplicará Gallegos a Venezuela, “porque nosotros en muchas cosas nos parecemos a España”, tales concepciones, concluyendo en la necesidad perentoria de intelectuales para que la democracia entre nosotros no degenera en barbarie.(34)

Luego del exilio internacional, el gomecismo intentó mediatizar políticamente a Gallegos nombrándolo senador. Gallegos a finales de 1929 va nuevamente a España donde permanece hasta mediados de 1930 revisando las reediciones de sus libros y, a la vez, evadiendo el ejercicio de la indeseada senaduría. En ese

tiempo traba amistad con Gabriel Miró y Ricardo Baeza (35). En 1931 sale a un exilio voluntario, primero a los Estados Unidos y desde 1932 a 1936 en España.

En Muntaner 193, entre Aragón y Córcega, vivió Gallegos en Barcelona, entre 1932 y 1934. Allí terminó de escribir **Can-taclaro** (36) en 1933, mientras que **Canaima** la finaliza en Madrid en 1935. En esta ciudad vivió en la Casa de las Flores, edificio del barrio de Arguelles en el que también, durante 1935, habitó Pablo Neruda (37). Vivía en un piso con los hermanos García Maldonado, con Gonzalo Barrios y Nelson Himiob, jóvenes exilados venezolanos de la generación del 28. También, cuando vivió en Barcelona compartiría su piso con los jóvenes Simón Gómez Malaret, Nelson Himiob y Jesús Lavié.(38)

Fungió Gallegos de polo de atracción intelectual y moral de este grupo de jóvenes, amén de otros que como Isaac J. Pardo, Rafael Vegas y José Tomás Jiménez Arráiz pagaban durante esos años el exilio de su rebeldía frente a la tiranía gomecista, varios de los cuales habían sido sus alumnos en los tiempos del Liceo Caracas, luego Andrés Bello. No se relacionó en cambio Gallegos con los círculos intelectuales españoles. Cultivó contadas relaciones individuales, a pesar de ser un autor con cinco novelas publicadas en España entre 1929 y 1935. Tampoco participó en actos públicos, salvo una vez en un mitin antigomecista celebrado en el Ateneo madrileño en el que sus jóvenes compañeros de exilio le indujeron a hablar, o en una exitosa lectura en el Centro de Escritores y Artistas de Madrid, en 1935, de algunos capítulos de la aún inédita *Canaima* (39). Su vinculación cultural más significativa fue con el Hogar América, institución privada constituida en 1934 para fomentar las relaciones entre España y América. También participaron en ella María Edilia Valero, Gabriela Mistral, Concha Espina, Pedro de Répide, Carlos Pereira.(40)

Pero si Gallegos, a pesar de sus méritos, podría decirse que intentó pasar desapercibido en España, otros exilados, los jóvenes del 28, se involucraron con desenfado en situaciones más llamativas.

Así, un José Tomás Jiménez Arráiz llegó a ser Secretario General, en Madrid, a comienzo de los treinta, de la Federación Universitaria Hispanoamericana, la FUHA, la cual trabajó mancomunadamente con la Federación Universitaria Española, la FUE, hasta que ambas, durante el gobierno de Lerroux fueron atacadas y allanadas múltiples veces. (41)

Nelson Himiob y Miguel Otero Silva, en la plaza Universidad de Barcelona participaron en alharacas estudiantiles, a comienzos de la República (42). Y el mismo Himiob, Isaac J. Pardo y José Tomás Jiménez Arráiz dictaron conferencias en el Ateneo de Barcelona, el 12 de diciembre de 1930 sobre la situación político-social venezolana (43).

Otros fueron más allá y cuando todo el grupo regresó en 1936 a Venezuela —coincidió el fin del gomecismo, desde diciembre de 1935 y el inicio de la Guerra Civil española— se quedaron, incorporados al ejército republicano, tal cual el caso de Víctor García Maldonado, que de soldado raso en el treintaidosavo ejército del general Pozas salió como teniente coronel dos años después (44).

También a comienzos de la Guerra Civil Isaac J. Pardo, ya graduado de médico, dirigió un hospital republicano de emergencia, de 125 camas, en Barcelona y actuó en la Cruz Roja de Santa Coloma de Gramanet (45).

Por su parte Rafael Vegas, graduado de médico en París, se reúne con el grupo en Barcelona desde 1934, para hacer un posgrado en psiquiatría con Emilio Mira López. Al estallar la guerra, lo nombran director encargado del Psiquiátrico de Mujeres de San Baudilio de Llobregat (46).

Ciertamente se produjo una gran integración afectiva y política de esta generación con la historia española contemporánea. De allí en adelante, de regreso en Venezuela, siguieron día a día sus vicisitudes que tomaron partido militarmente, por la causa republicana. **En Oficina No. 1**, de Miguel Otero Silva, novela ambientada a finales de los años treinta en un pueblo petrolero venezolano, su protagonista, el maestro de escuela Matías Carvajal, positivista y revolucionario, se enzarza en una desafortada

disputa con “un fraile gordo y repulsivo [que] se puso a cantar victoria por la caída de Madrid” (47). Reflexionando después el maestro sobre el altercado expresa lo que fue el sentir representativo de esta generación de venezolano: “los españoles no solamente perdieron el control de ellos mismos, que por cierto nunca lo han tenido, sino que también se lo ha hecho perder la humanidad entera”. (48)

Dejemos, finalmente, que sea Otero Silva (49) quien con su peculiar gracejo revele, en coloquial conferencia que dictó en 1972 en el Centro Catalán de Caracas, algunas de sus peripecias por tierras catalanas, que bien ilustran el ethos del grupo de venezolanos aludido:

“Llegué por primera vez a Cataluña cuando acababa de cumplir 21 años y no lo hice por el interés de visitar esa nación (la verdad era que ni siquiera sospechaba que Cataluña era una nación) sino por huir del chovinismo, de la xenofobia francesa. Por entonces habíamos ido a dar desterrados a París un grupo de estudiantes venezolanos y nos recibió el histerismo patriotero de los franceses de aquella época: lo insultaban a uno en la calle si se atrevía a hablar en voz alta otro idioma que no fuera el francés; lo llamaban a uno **sale métequè** si osaba opinar sobre cualquier tema; lo asaltaban a uno en gavilla si se enredaba a golpes con un **garzón**; hasta para enamorarse de una francesa era preciso presentar los papeles de identidad, **vos papiers, monseur!** Tan enracada y chocante se puso la atmósfera que el grupo de estudiantes a quien me refiero (Quintana Silva, Prince Lara, Jiménez Arráiz, Isaac Pardo, Gómez Malaret, Chucho Lavié y yo) decidimos de repente dejar a los franceses con sus complejos y sus antipatías, y tomar el primer tren que saliera de la Gare de Lyon hacia el extranjero, tren que ha podido llevarnos a Copenhague pero que afortunadamente nos condujo a Barcelona.

La mayoría de nosotros se inscribió en la Universidad, alquilamos una casa con jardín en San Gervasio, en la calle Folgarolas, y contratamos una cocinera valenciana que guisaba una paella espléndida. Recuerdo que la gente del barrio nos llamaba ‘los vaina’ (el vaina gordo, el vaina negro, el vaina chingo, etcétera)

porque nunca antes habían escuchado esa palabra que nosotros empleábamos con excesiva frecuencia.

Para ser más exacto diré que el único del grupo que no se inscribió en la Universidad de Barcelona fui yo, dado que para esos tiempos era un agitador revolucionario más que ninguna otra cosa. Preferí ponerme en contacto con los sindicatos obreros y las asociaciones marxistas, anochecer discutiendo con los anarquistas bajo las arcadas de la Plaza Real que ellos llamaban Plaza Roja, amanecer teorizando sobre política en los bares del Paralelo, incluso llegué a hablar en un mitin donde el orador principal era Dolores Ibarruri. Esto último sucedió en Lérida y ‘La Pasionaria’ no se acuerda de aquel suceso, no puede acordarse, pero yo sí. No lo olvido particularmente porque a los pocos días hicieron preso al extranjero que a tales impertinencias se atrevía, y una pareja de guardia civiles me llevó esposado hasta la frontera. En descargo de los catalanes debo aclarar que la pareja de guardias civiles era murciana y que la orden de encarcelamiento y deportación vino directamente de Madrid.

Entre mi ingreso a Cataluña por Perpignan y mi salida por el mismo sitio había transcurrido apenas un año, pero esos doce meses dejaron huella imborrable en mi biografía.” (50)

3. Unamuno, noble abuelo de la generación del 28

El 30 de abril de 1929, un mozalbete venezolano de apenas veintiún años escribe, desde el exilio en la isla de Santo Domingo, larga carta a Miguel de Unamuno. La carta tiene giros altisonantes y tonalidad épica. Expresa un gran respeto pero, a la vez, una atrevida familiaridad para con Unamuno. Además de encabezarla con un “Noble y querido maestro”, remata con un cursi: “Bendígame, noble abuelo; y crea que lo quiero mucho”.

¿De qué informa? De las desventuras del movimiento estudiantil democrático en Venezuela, recién alzado contra J.V. Gómez en 1928, perseguido y encarcelado en 1929. ¿Qué pide? Ni más ni menos que unas palabras liminares de Unamuno para encabezar el libro que este estudiante, Rómulo Betancourt (51), ha escrito al alimón con Miguel Otero Silva, análisis y denuncia de los acontecimientos de la rebelión estudiantil antedicha. (52)

Las razones que esgrime Betancourt para justificar su insólita petición a Unamuno son, en primer lugar, que la élite intelectual venezolana, los consagrados, ha traicionado todo ideal doblando “la cerviz palaciega alrededor del amo” y de ese grupo escoge algunos casos representativos merecedores de especial desprecio. Desfilan por su carta Teresa de la Parra, César Zumeta, Pedro César Dominici y Pedro Emilio Coll, los dos últimos, por cierto, sobre cuyas obras Unamuno ha publicado análisis literarios. De Pedro Emilio Coll, por ejemplo, dice que “pasea su prebenda de Inspector de Consulados –en verdad de los hechos, Inspector del Espionaje organizado– en camarotes de lujo, marginal e indiferente a la lucha desigual que sus hijos de ayer empeñaron”. (53)

La otra razón por la que cree merecer tal aporte de Unamuno es que la juventud venezolana lo tiene por Maestro y “ha mamado enseñanzas de verticalidad en su vida y en su obra”. (54)

No complació Unamuno la afiebrada petición de Betancourt, pero el que haya sido formulada y en los términos ya dichos, relleva el lugar intelectual y sentimental que el Unamuno pensador, el Unamuno Rector, el Unamuno hombre, tenía entre los intelectuales establecidos y noveles de la época.

Ello lo sabemos no sólo por esta carta sino por el sentido que tuvo para el estudiantado universitario venezolano la adopción de la boína vasca como distintivo desde los sucesos de febrero de 1928. Le cantó Antonio Arráiz (55), en contraposición a la euforia que apenas semanas antes había cosechado Charles Lindbergh en su visita a Caracas. Decía Arráiz:

Carezco de voz para Lindbergh.

En cambio, canto

la boína del estudiante.

(...)

Boína deportista, boína ventolera,

boína vasca se injerta en nosotros

(vasca como aquel otro que también se injertó

loca boína estudiantil, (56)

Meses después, Betancourt y Otero Silva detallarán los por qué de la escogencia del distintivo:

“Ese pedazo de paño azul tenía para nosotros firmes antecedentes acreedores de cariño y de respeto. Ya la había usado antes el noblote abuelo Don Miguel de Unamuno, genio y rebelde; ya sabíamos del tronco vasco de los Bolívar y pensamos que con ella cubrieron muchas veces sus cabezas altivas los abuelos del Libertador. Debíamos también cosechar en nosotros mucho de la recia terquedad del vasco, terquedad y firmeza para sostener la verticalidad del gesto que debíamos íntegro a la patriecita agonizante”. (57)

Y sin pretender sugerir que el movimiento estudiantil del 28 en Caracas tuviese inspiración en proceso alguno español, porque no fue así, sí cabe indicar que la Semana del Estudiante, a raíz de la cual se generaron todos los enfrentamientos entre la juventud universitaria y el gobierno, tuvo como motivación principal recaudar fondos para construir una casa apropiada para los estudiantes universitarios del interior del país que viniesen a Caracas. Esta idea se les ocurrió a algunos a partir de la lectura de la revista de la Residencia de Estudiantes de Madrid. (58)

Volviendo al tema del rol ductor como maestro de pensamiento y de vida que tuvo Unamuno entre los jóvenes intelectuales emergentes de la Venezuela de finales de los años veinte, citaré al paso la impresión de Chío Zubillaga (59), viajero en 1925 por España y Francia, quien pidió por escrito una entrevista a Unamuno y éste lo cita para encontrarse en ese café de la Rotonde de su exilio parisino. Desde allí caminaron, hasta el Louvre, con la escolta de Ortega y Gasset y de Crawford Fritch, el traductor de Unamuno al inglés. En el trayecto le demostró Unamuno cabal conocimiento de la realidad política venezolana del momento. Relataba Chío, en artículo escrito en 1925 pero sólo publicado en 1937, su sensación de anonadamiento ante la figura de Unamuno, comparable al que se sentiría ante una gran montaña. (60)

Por su parte, en la Mérida universitaria venezolana, Rafael Pizani (61) revela que los estudiantes leían mucho a Unamuno, Ortega y Gasset, Ganivet y Waldo Frank. Confiesa Pizani que a él le impresionaba especialmente Unamuno, hasta el punto que en un diario local escribía una columna quincenal titulada “unamunismos”. (62)

Este influjo del Unamuno crepuscular se explica no sólo por la singular consistencia de su pensar y su vivir, sino por el interés que Unamuno siempre demostró por la realidad americana y, en particular, por la venezolana.

Tan temprano como en 1899 envía carta a Pedro Emilio Coll, la cual se publica en “El Cojo Ilustrado”. En ella examina las tendencias literarias de América a finales de siglo. (63) Para agosto de 1900 se publicará una segunda carta suya, esta vez dirigida a Rufino Blanco Fombona, en la cual le esboza juicios elogiosos sobre los **Cuentos de poeta** que ese año publicase Blanco Fombona. Se interesa Unamuno en especial por la lengua utilizada, pues “Marca a mi juicio muy bien el derrotero que nuestro romance tiene que seguir”. (64) La relación de Unamuno con Blanco Fombona fue muy especial, manteniendo con él la correspondencia más dilatada, por tres decenios, que haya tenido con americano alguno.

También publicará estudios críticos Unamuno de varios textos de venezolanos. De José Gil Fortoul, **Historia Constitucional de Venezuela**; de Pedro Emilio Coll, *El Castillo de Elsinor*; de Manuel Díaz Rodríguez, **Ídolos Rotos y Sangre Patricia**; de Pedro César Arismendi, **El triunfo del ideal**. (65)

Fue entonces Unamuno consecuente con ese interés primerizo que expresó en la ya referida carta a Blanco Fombona de 1900:

“Sigo con creciente atención el movimiento literario americano proyectando dedicarle un libro, porque la idea que de la literatura hispanoamericana aquí se tiene es muy equivocada, sea para bien o para mal. Lo que más me agrada de ella es ese constante

esfuerzo para hallar nuevas vías, por hacer algo realmente fuerte.”(66)

Y consecuente hasta sus últimos días. En su biblioteca salmantina se encuentra un ejemplar de **Cantaclaro**, editada por Araluce en 1934 y el cual Rómulo Gallegos le envió con dedicatoria de admiración. Tuvo tiempo Don Miguel de hacerle 69 anotaciones de puño y letra a dicho ejemplar. (67)

Con toda razón, pues, lo que le expresó en aciago momento –el cese de Unamuno como Rector de Salamanca en 1914– Rufino Blanco Fombona, en afectuosa comunicación representaba el sentir de la intelectualidad venezolana por el Maestro: “Es usted, hoy, el más estrecho lazo de inteligencia y afección entre la América de habla castellana y la Península originaria”. (68)

4. Y vinieron frailes, bardos nobles y...anarcosindicalistas

Desde comienzos del siglo XX, pero especialmente en la década de los veinte, a tenor de las tesis prevalecientes en las leyes de instrucción pública de los años 1915-1916 y en la Ley de Misiones de 1916, las cuales permitían y estimulaban la participación privada en la educación y roles dirigentes de la Iglesia en los territorios indígenas, Venezuela presenció el regreso en gran escala de las órdenes religiosas, expulsadas del territorio nacional varias décadas antes por Guzmán Blanco.

De España vinieron la mayoría de sacerdotes y monjas de tales órdenes. Fundaron colegios que comenzaron a albergar prontamente a los hijos de la burguesía y de sectores gubernamentales y profesionales. Tuvieron, al muy poco tiempo de haber llegado, sonada disputa los sectores eclesiásticos, encabezados por los jesuitas, con destacados intelectuales venezolanos, a los que el Ministerio de Instrucción Pública les otorgó la razón. Pues allí se dio el caso que en los colegios de religiosos eran sacerdotes extranjeros los que –por un lapsus legal– impartían las asignaturas de historia patria. Esto generaba chocantes situaciones pues si no en todos los casos sí en muchos de ellos se presentaba una visión de nuestra historia no solamente eurocén-

trica sino españolista al extremo. Se cita el caso, por parte de un ex-alumno de los jesuitas en el Seminario de Caracas, del Padre Ladrón de Guevara a quien se le oía espetar juicios del siguiente tenor: “¡Qué Bolívar, ni que ocho cuartos! General de verdad nuestro Zumalacárregui ante quien Napoleón era un mal General y Bolívar un enano”. (69)

Pero, en cambio, hubo quien vino de España y se aprovechó de Bolívar para recibir favores y subvenciones a granel del régimen gomecista. Francisco Villaespesa arribó al país el 8 de marzo de 1920 con la noticia de que presentaría una obra teatral sobre Bolívar. Fue huésped de honor de J.V. Gómez y favorito de los círculos oficiales. A los pocos días, el 18 de marzo se efectuó una velada artístico literaria en honor del poeta y dramaturgo romántico-modernista. El orador oficial del régimen, Eloy G. González, lo presenta en el Teatro Municipal y José Tadeo Arreaza Calatrava le dedica dos poemas: “A Villaespesa” y “A España”.(70)

“El Universal” del 22 de marzo le otorga sus páginas para que publique catorce sonetos inéditos y siete meses después, al celebrar la prolongación de su permanencia en Caracas incurre en Villaespesalatría: “es inútil hablar del numen de Villaespesa... el alto numen cuya gloria nos es familiar desde hace tanto tiempo”. (71)

Para mayo de 1921 Villaespesa publica dos libros en Caracas: **Tierra de encanto y maravilla**, el uno y **La estrella solitaria** el otro. (72) En agosto de ese año arriba desde España la Compañía lírico-romántica que ha constituido expresamente, la cual presenta sus dos obras: **Abén Humeya** y **La Leona de Castilla**, antes de poner en escena por tres veces el esperado drama **Bolívar**.

Juan Vicente Gómez preside la concurrencia y no podía ser menos ya que Villaespesa, en soneto introductorio, le ha dedicado la obra, parangonándolo con Bolívar.(73) Mercantilismo puro de quien no vaciló tampoco en comparar a una hermana de Gómez con una infanta de Castilla. Pero esos eran los tiempos: el oportunismo mercantil del poeta se correspondía con el patriote-

rismo, la adulancia y la palurdez de los comentaristas y críticos oficiales.

Pero no todo fue coro de alabanzas, es de la prisión, José Rafael Pocaterra (74) fulminará a ese "...Bolívar de irrisión que fueron a aplaudir los venezolanos de la decadencia, añadiendo el ultraje del petardista ambulante la ignominia de consagrar con su presencia y su aquiescencia el desacato político, histórico, literario y social". (75) A su vez, transmitido de boca en boca, Rafael Carabaño pone a circular su Impromptu, el cual culminaba con un:

"Pueden más en ti la sed del oro
y turbias complacencias cortesanas
que el honor de las letras castellanas
y que tu propio honor y tu decoro". (76)

Y, un año después, en "El Herald" de Caracas, figurará una inusitada crónica, por la opuesta a la complacencia oficial, del principal crítico literario venezolano de entonces, Jesús Semprún, en ese tiempo residente en Nueva York.

Allí se dice que: "... la obra dramática de Villaespesa es har- to burda y tosca para deslumbrar siquiera a un público exaltado por el recurso de sus glorias nacionales. El Bolívar de Villaespe- sa es vulgar, palabrero, jactancioso, caricatura que ridiculiza al héroe; se trata, en fin de una irreverencia..." Concluye Semprún que "...la composición de Bolívar no fue una empresa literaria sino comercial..." (77)

El verbo cáustico y airado de Pocaterra extrapolará el epi- sodio –prolongado casi por dos años– de las lides poéticas y dramatúrgicas de Villaespesa en Caracas a toda una indeseable manera de relacionarse los dos países:

"Que el pobrecito de Gómez le pague en plata su mamarra- cho, no sorprende. Tiene hasta su mérito. A Gómez el ruido de una carreta le parece un endecasílabo. Lo que sí llama la atención es que en toda Caracas no le hubiesen dado un puntapié por los fondillos al Villaespesa.

Frailes catalanes que hablan del **Varbo Ancarnado** y las **na-fandas saturnalias, toreros despedados cómicos en catástrofe económica y artística, sardinas** de Vitoria, vino en barricas, aceitunas un flamenquismo de pega y poetas-empresarios que se culipandean hablando y traen una ele más para la II, como decía el negro Arteche.

A esto le llaman ‘el acercamiento’. El acercamiento a la estupidez. Baroja tiene razón: somos ‘el continente estúpido’; tenemos, efectivamente, tres largos siglos de stupidización peninsular”. (78)

Pero la stupidización del régimen y de la alta sociedad caraqueña no se agotó con los aplausos a Villaespesa. Vendrían los interminables festejos a propósito, también a comienzos de los años veinte, de la visita que dispensó a Caracas el príncipe Fernando de Baviera y Borbón, tío del Rey de España. Mariano Picón Salas (79), entonces un mozalbete provinciano recién llegado a la capital, se asomó a las fiestas que se prolongaron por más de una semana, con desfiles militares, discursos, bailes procesiones cívicas, té y “garden parties”. Vieron sus ojos a la sociedad caraqueña presentar saludos y venias, “en tropical delirio monárquico”, a aquel Fernando que recibía en una especie de salón archiducal, recién vestido de espejos, alfombras, arañas y cortinajes de damasco. (80) Condecoró y fue condecorado por Gómez y hasta sus parrandas nocturnas, pasadas por brandy y sazoadas de alegre compañía femenina fueron costeadas por el gobierno nacional. (81)

Caracas fue plaza donde recalaron con facilidad desde periodistas como francisco Gómez Hidalgo, quien vino en los posteriores veinte a proyectar su película “La malcasada” y a desear que Gómez viviese noventa años (82), a tonadilleras como Paquita Escribano y Resurrección Quijano, pasando por toreros como el Gallo, quienes tuvieron tanto tardes espléndidas como miserables “espantás” en el nuevo circo caraqueño.(83) También, a mediados de los años diez, había venido la compañía de Guadalupe Mendizábal, del Teatro Español de Madrid y Francisco Rodríguez Cos, del Teatro Coliseo Imperial. Representa-

ron obras y una pieza, **El Milagro del año**, del novel dramaturgo Rómulo Gallegos. (84)

Pero también encontramos otra presencia de España en nuestro territorio. En la novela **Fiebre**, de Miguel Otero Silva, escrita en 1930 y en la cual se narran, con verismo, la rebelión estudiantil y su represión en los años 28 y 29, figuran dos personajes, el uno Hilario Figueras, el Catalán, y el otro, Tostón, ambos sindicalistas revolucionarios actuantes en la Caracas de rudimentarias formas de organización obrera de la época. (85) Según la novela, el padre de Hilario fue artesano vasco que se dedicó a la zapatería en las callejuelas que desembocan en las Ramblas de Barcelona. Allí se hizo anarquista y por estar complicado en un atentado terrorista debió emigrar a Venezuela. En Caracas, en el barrio de La Candelaria, montó su negocio: “El Tibidabo. Se reparan zapatos”. Su hijo heredó de él su oficio, apodo e inquietudes revolucionarias, aunque no credo anarquista. Conjuntamente con Tostón apoyaron los primeros balbuceos reivindicativos de los artesanos y obreros caraqueños. (86)

¿Existieron en realidad estos personajes? Tostón ciertamente que sí. Uno de los fundadores históricos del partido comunista venezolano, Fernando Key Sánchez, abogado e historiador de esa etapa, relata que para 1931 una de las tres vertientes que confluyeron en la creación del PCV fue la del movimiento obrero artesanal, el cual tenía como dirigentes a varios españoles, provenientes del anarcosindicalismo, 2... como José Tortón (sic), Claudio Hernández, Ramos Abad y otros”.(87)

Igualmente, otro de los fundadores del PCV, el profesor universitario Rodolfo Quintero, integrante también de la generación del 28, cuenta que en su condición de enlace entre la Federación de Estudiantes y los gremios de albañiles, tranviarios, choferes, tipógrafos, farmacéuticos y de zapateros, conoció a “un viejo luchador europeo que llamábamos Antón (sic)”, el cual “era el dueño absoluto, llamémoslo así, el líder máximo del sindicato de zapateros e influía desde el punto de vista del anarquismo a este grupo”. (88)

Vemos que con variantes fonéticas, existió el sindicalista español organizador de los trabajadores del calzado en Caracas. Un tercer fundador del PCV, abogado e historiador, Juan Bautista Fuenmayor, proporciona su versión, la cual es asumida por Julio Godio, historiador del movimiento obrero venezolano:

“Por otro lado, un socialista español, José Tostón, que había militado en el Partido Socialista Español de Pablo Iglesias, en la década del veinte, logra organizar a los obreros del Ferrocarril de Caracas a La Guaira, que vivían en duras condiciones de vida, y prepara una huelga en 1924 que se realiza y logra triunfar. Al mismo tiempo, Tostón dirige su atención hacia los trabajadores del calzado y funda en Caracas, en ese mismo año, el sindicato de los zapateros, que también realiza acciones reivindicativas. Pero pronto Tostón es acusado de perturbación social y expulsado del país. Tostón, sin embargo, logró formar un núcleo de activistas sindicales, uno de los cuales, Claudio Hernández, fue fundador del Partido Comunista en el año 1930(sic)”.(89)

Antes, en 1920, dos anarquistas españoles, Ezequiel Marín y Rafael Oyarzábal, intentaron constituir, con la base de las Corporaciones obreras de los ferrocarriles, de los tranvías y las portuarias, la Confederación del Trabajo de Venezuela, según revela otra fuente. (90)

Y después, para 1932, en una declaración policial de Eugenio González, transcrita en **El Libro Rojo**, curiosa obra editada por el gobierno de López Contreras en 1937 para justificar la represión anticomunista que desató, se destaca que el tesorero del naciente PCV era “...Ulianoff, que es un individuo español, que no recuerdo es Álvarez o Alvarado”.(91)

Abundaron, pues, los líderes sindicales de España. Es la tesis de Rodolfo Quintero, quien añade que eran de la corriente anarquista y que ella caracterizó a buena parte de nuestro movimiento obrero hasta 1936. Señala como, por ejemplo, para la construcción del Hotel Las Delicias, en Maracay –bunker de Juan Vicente Gómez– se trajeron constructores catalanes, casi todos anarcosindicalistas. (92) Y corroborándolo, muy recién-

temente, se ha recordado que se trajo una inmigración selectiva de especialistas de la industria textil, también de Cataluña, para operar la fábrica Telares de Maracay, de la cual era J.V Gómez propietario. Para esos obreros, algunos de los cuales vinieron con sus familias, se construyó el barrio Catalán en Maracay.(93)

Y así nos topamos con el anarquismo catalán venido a estas tierras, tema que valdría explorar en mayor profundidad, porque resulta curioso constatar cómo en los andes venezolanos, región católica y conservadora, en fecha pronta como el 23 de octubre de 1909, se encuentre publicada, en el diario “Horizontes”, cobertura noticiosa de las insurrecciones anarquistas de Cataluña y hasta un extracto del programa del anarquismo de Barcelona.(94)

También resulta harto interesante el rol jugado por el poeta español Francisco de Rossón, promotor de la constitución del grupo Seremos, de Maracaibo, donde militaron, entre otros, Héctor Cuenca, Ramón Díaz Sánchez, Valmore Rodríguez e Isidro Vallés. Este grupo cultural se inspiraba en los escritos de José Carlos Mariátegui y se enfrenta, en 1928, al gobierno gomecista, sufriendo la consecuente represión. (95)

Rossón es una figura muy valiosa porque no solamente figura como adelantado de nuevas ideas políticas, sino como uno de los precursores de la vanguardia literaria. Así, para mayo de 1926, publica en “Elite”, órgano difusor del vanguardismo venezolano, un poema, audaz en metáforas, centrado, como era ley desde los días de Marinetti, en el símbolo de la nueva civilización: el automóvil. Veamos sus dos primeras estrofas:

“La calle se desenrolla del temor del mediodía
como una blanca polea a toda velocidad,
mientras el sol clava duro su caliente algarabía
con una avidez de flecha temblorosa de agonía
sobre el sembrado de casas que semeja la ciudad.
El automóvil desboca su velocidad idiota,
la fila de casas pasa temblorosa y desigual
y por la seudo ventana de detrás de la capota
el polvo pone la niebla de su carcajada rota

y la torre pasa altiva en su orgullo vertical". (96)

5. El meridiano cultural de Caracas pasaba por Madrid

Acedos y Nones sostienen que la generación literaria de 1928 en Venezuela se alimentaba, para sus discusiones, de las últimas nuevas que traían la Revista de Occidente y La Gaceta Literaria. Y por eso, acuñan la frase de que para ese grupo Nelson Himiob, Guillermo Meneses, Pablo Rojas Guardia, Felipe Massiani, Carlos Augusto León, Carlos Augusto Frías, entre otros su meridiano cultural pasaba, no por París, sino por Madrid. (97)

Cabe señalar que durante los años veinte y treinta se leyó mucho, *intelligentzia* venezolana a los autores españoles, especialmente a la generación del 98 y, entre todos, a Unamuno y Ortega y Gasset.

Establecer vinculaciones, influencias, filiaciones ideológicas y literarias, es tarea que escapa a las pretensiones de este artículo y el estado incipiente de las investigaciones en materia de historia de las ideas de ese período histórico en Venezuela. Pero sí es posible mostrar que la Venezuela de esos años, a pesar de ser un país de apenas tres millones de habitantes, predominante rural y sometido a las autocracias castrista y gomecista, no dejó por ello de permanecer vinculada, a través de las publicaciones que consumían sus élites culturales, a las corrientes universales del pensamiento y del arte. No estuvo el país cerrado por una "muralla china" que impidiese el acceso de nuevas ideas como se ha venido sosteniendo durante demasiados años. (98)

Una mirada ligera y panorámica sobre algunas publicaciones periódicas de la época desvirtúa cualquier tesis de aislamiento y, para el tema que nos ocupa, muestra una consistente relación con el pensamiento español contemporáneo.

A fines del XIX dos revistas, El Cojo Ilustrado y Cosmópolis se constituyen en los vehículos de expresión de nuestros intelectuales y en antenas de recepción del pensamiento de otras latitudes. El Cojo Ilustrado tuvo una duración inusitada en nuestro medio pues se publicó quincenalmente, sin interrupción, en-

tre 1892 y 1915. En cambio, Cosmópolis apenas se extendió por doce números, entre 1894 y 1895. Pero la brevedad de esta última no significó inconsistencia. Pedro Gases enlistará a sus colaboradores y allí resaltarán, entre los venezolanos: Pedro Emilio Coll, Gil Fortoul, Blanco Fombona, Díaz Rodríguez, Key-Ayala, Zumeta, Lisandro Alvarado, Pedro María Morantes, entre otros. Y entre los no venezolanos: Rubén Darío, Baudelaire, Zola, Tolstoi, Renán, Víctor Hugo, Schopenhauer, Taine, Campoamor, Pardo Bazán, entre muchos. (99)

La variedad de escritores que desfiló por El Cojo Ilustrado a través de sus más de quinientos números a lo largo de veintitrés años no ha sido catalogada, pero valga para ilustrar su amplitud de registro lo que destaca Julio Rosales para el año 1898, justo un año antes de que el primer texto, de los varios que permitió, con la firma Unamuno apareciese en la revista. Pues bien, en los siete primeros años de la revista figuraban artículos de más de cien autores nacionales y de más de doscientos americanos y europeos. (100)

Entre los europeos, escogemos diez de los citados: Gabriel D'Annunzio, Fedor Dostoievski, Panait Istrati, Knut Hamsun, Máximo Gorki, Rudyard, Kipling, Juan Ramón Jiménez, Núñez de Arce, G. Martínez Sierra, Eduardo Marquina. (101)

Para 1912, una revista, Cultura, con apenas nueve números comunicó la eclosión renovadora de las artes plásticas en el país. En ella se aprecia la creciente importancia del aporte español en la lista de los colaboradores extranjeros. También llama la atención la relevancia de tales firmas en esos escasos números. Así, en el área de la poesía, hay textos de Rubén Darío, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Leopardi y Juan Ramón Jiménez, Enrique Díez Canedo, Eugenio D'Ors. En narrativa, encontramos a Ega de Queirós, Amado Nervo y la condesa de Pardo Bazán. En teatro, a Oscar Wilde. Y en el área de ensayos y crónicas, a Herbert Spencer y Anatole France con José Francés, Gabriel Alomar, Joan Maragall, Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno y Pío Baroja. (102)

Agotado el ciclo de *El Cojo Ilustrado*, le sucede, entre 1918 y 1932, otra revista que encarna la amplitud intelectual en la que se siguió moviendo la *intelligentzia* venezolana: *Cultura Venezolana*.

Este mensuario, que tenía un tiraje de 4.500 ejemplares (103), dirigido por un congresista y diplomático gomecista, el Dr. José Antonio Tagliaferro, incluyó entre sus colaboraciones textos y autores de muy variadas tendencias, desmintiendo la tesis del oscurantismo gomecista en materia cultural.

Dejando por fuera cinco de los géneros literarios que en *Cultura Venezolana* tenían cabida, a saber: crónica, narrativa, poesía, teatro y prosa lírica, y tomando en cuenta tan sólo lo referente al ensayo, encontramos que en ella escribieron, entre otros de América: José Enrique Rodó, Gabriela Mistral, José María Vargas Vila, Aníbal Ponce, Germán Arciniegas, Amado Nervo, Fernando Ortiz, Leopoldo Lugones, Waldo Frank. De Francia e Italia: Anatole France y Henrique Barbusse, Benedetto Croce, Gabriel D'Annunzio, Arturo Labriola, Benito Mussolini, Giovanni Papini, Luigi Pirandelo. De España: el inefable Francisco Villaespesa, Enrique Díez Canedo, Emilia Pardo Bazán, Guillermo de Torre, Américo Castro, Eugenio D'Ors. (104)

Pero no sólo fueron las revistas especializadas que como el *Cojo Ilustrado* y *Cultura Venezolana* llenaron, entre ambas, cuarenta años de vida cultural venezolana o las efímeras, pero significativas, *Cosmópolis* y *Cultura*, las que dan testimonio de una ininterrumpida, relación con las corrientes de pensamiento del mundo. También en publicaciones que se dirigían al gran público puede apreciarse la presencia de autores de renombre mundial.

Es el caso del periódico el fonógrafo de Maracaibo, al cual dirigió José Rafael Pocaterra entre 1914 y 1916. La revisión de esos dos años arroja que en ese periódico de provincia se podía leer la novela "La Malquerida" de Benavente, o el cuento "Gedeón" de Unamuno, o "El Tío Rubén" de Selma Lagerloff, u otros de Valle Inclán, Azorín o Maupassant. En poesía, a Rubén Darío, José Asunción Silva, Santos Chocano, Herrera y Reissig.

Con artículos sobre política o literatura a: Ramiro de Maeztu, con una columna regular titulada “Correo de Inglaterra”; a Galdós y Pío Barojas, escribiendo en 1915 sobre la guerra europea; a Miguel de Unamuno con “La cruz de hierro de la guerra”, “Algo sobre Nietzsche” y “Don Quijote Bolívar”; a Ramón Pérez de Ayala, De América, a José Enrique Rodó, Juan Montalvo, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. (105)

En cuanto a la revista Actualidades, también dirigida al gran público y la cual compró y dirigió Rómulo Gallegos a partir de 1920, exhibe, a mi juicio, el más amplio elenco de escritores españoles, sí la revisamos para el lapso de 1918-1922 y en el género de ensayos. En efecto, en esos cuatro años figuran artículos de: Álvaro de Albornoz, Gabriel Alomar, Julio Camba, Ángel Ganivet, Ramón Gómez de la Serna, Ramiro de Maeztu, Azorín, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán. (106)

Finalmente, otra revista para el gran público, que marcó época, con un tiraje de 2.000 ejemplares semanales y fundada en 1925: Elite. Esta revista que perdura hasta nuestros días, combina en esos primeros años la información más variada sobre el acontecer nacional y mundial, el registro de actos y fiestas de la oligarquía caraqueña y un fuerte énfasis en la difusión literaria. Todas las generaciones literarias venezolanas publicarán en Elite, los ya establecidos del 9 y del 18, con representantes como Gabriel Espinoza, José Antonio Ramos Sucre, Enrique Bernardo Núñez, Andrés Eloy Blanco y Mario Briceño Iragorry, al igual que los jóvenes del 28: Antonio Arráiz, Pablo Rojas Guardia, Ramón Díaz Sánchez, Miguel Otero Silva, Arturo Uslar Pietri, Guillermo Meneses.

Contará Elite con una sección fija “Desde París”, a cargo de Alejandro Carpentier quien escribe sobre los últimos acontecimientos del quehacer cultural europeo. También se publican trabajos de Emil Ludwig, André Maurois, Giovanni Papini, Antonio Machado, Ramón del Valle Inclán, Azorín, José Ortega y Gasset, Miguel Ángel Asturias, el infaltable Rubén Darío, Juana

de Ibarbouru, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral y Pablo Neruda. (107)

Creo que es suficiente la ojeada a estas siete publicaciones periódicas, especializadas y de difusión masiva, para comprender que la Venezuela intelectual de aquellas décadas estuvo en permanente exposición a la dinámica evolutiva del pensamiento y la creación literaria.

Investigadores de nuestra historia literaria como Mario Torrealba Lossi destacan que:

“... si los periódicos de Caracas no abundan en esta información sobre la política doméstica, resultaban prolíficos, en cambio, en lo concerniente a la vida científica y artística de París, Madrid, Londres y Nueva York, en cuyos sitios mantenían correspondencias”. (108)

Señala Torrealba Lossi que siempre existió influjo español en nuestras letras.

Se remonta a los Fernández de Moratín y los Feijoo, asomados en las páginas neoclásicas de Rafael María Baralty Cecilio Acosta. A Los Darra, Mesonero Romanos, Modesto la Fuente y Luis de Taboada, emparentados con nuestros costumbristas del XIX. Y a la generación del 98, en especial a Antonio Machado y Azorín, inspiradores de nuestra generación del 18. Culmina con los siguientes juicios:

“Si es verdad que los poetas del dieciocho –y más del veintiocho– se fueron tras las pisadas del simbolismo y del impresionismo, ya que Francia nunca dejó de ser la Meca cultural y artística de nuestras pequeñas naciones, asimismo es cierto que la literatura española jamás perdió su ascendencia –ni en los momentos cruciales de la década del diez– dentro de las corrientes, formas, estilos y modalidades que son característicos del proceso creativo hispanoamericano y venezolano. Junto a Charles Guerrín siempre estuvo aparejado un Juan Ramón Jiménez. Y al lado de Hugo –tan gallo como hispánico– también estuvieron entre nosotros los

personajes de Baroja, Valle Inclán, López de Ayala, Unamuno y Benavente”. (109)

En lo que sí insisten varios análisis del proceso es en el influjo del 98 español en el 18 venezolano. Veamos el balance que establece Oscar Zambrano Urdaneta el cual, por recortar la cita, excluyó a los autores venezolanos anteriores leídos por esa generación:

“Los escritores del 18 leyeron, fundamentalmente autores franceses, españoles, hispanoamericanos y venezolanos. De los autores franceses se sabe que comenzaron por los románticos. Víctor Hugo, Alfred de Vigny, Lamartine; luego Charles Baudelaire y Nerval; el grupo de los poetas malditos, Verlaine, Mallarmé, Corbière, Lautréamont y Rimbaud. Del grupo de los simbolistas, tal vez Regnier y el malogrado Laforgue. Y, más cercanos a ellos den el tiempo, los poetas de la generación mutilada, Apollinaire, Claudel y Valéry.

De los españoles, comienzan con algunos de los poetas románticos y conservan vigencia, Bécquer, Campoamor, Núñez de Arce y Espronceda. Atención especial prestan a todo el 98, y muy particularmente a Unamuno, Machado y Valle Inclán. Paz Castillo he señalado que “la deuda de los escritores del 18 a los autores españoles, de los cuales, desde luego, pronto comenzaron a separarse en busca de otras orientaciones, es infinita.

Del mundo hispanoamericano, sus lecturas más frecuentes son los modernistas, especialmente Darío, Lugones, Herrera y Reissig y Rodó, si bien habría que citar también a algunos precursores como José Asunción Silva y Salvador Díaz Mirón”. (110)

También Miguel Otero Silva destacará influencia:

“Un brillante equipo de poetas, integrantes de la llamada generación del 18, había realizado para ese entonces fecundo esfuerzo enderezado a superar las fórmulas aparatosas del modernismo. Andrés Eloy Blanco buscaba la claraboya a través de un post-modernismo juglaresco, personal y centelleante; en tanto

Fernando Paz Castillo emprendía con equilibrada sensibilidad la ruta umbrosa de Antonio Machado, o el camino clareado por el cromatismo de Juan Ramón Jiménez; y Luis Enrique Mármol se hacía eco a su manera de las preocupaciones filosóficas y metafísicas de Miguel de Unamuno”. (111)

Y para ubicarnos en el tema de la aparición de la vanguardia literaria, es necesario mencionar a un autor y a un texto que produjeron ciertamente una gran conmoción en nuestros medios literarios de mediados de los veinte: Guillermo de Torres y su *Literaturas europeas vanguardias*, publicado en 1925.

Fue de Torre fundador de *La Gaceta Literaria*, colaborador de la revista de Occidente, integrante del movimiento ultraísta español. Con su obra capital se convierte en sustentador teórico del vanguardismo y en puente entre los grupos franceses e italianos con los españoles y de éstos con los hispanoamericanos. (112)

En la revista “*Cultura Venezolana*” se publicó, en el número de noviembre-diciembre de 1925, un capítulo, ‘El nuevo espíritu cosmopolita. Aclaración sobre el actual cosmopolitismo literario’, del libro de Guillermo de Torre. Y si José Carlos Mariátegui comentaba ese libro, el 28 de noviembre de ese mismo año, en “*Variedades de Lima*”, en Caracas, Fernando Paz Castillo, en *Elite* del 5 de diciembre, estaba haciendo lo propio y tomando partido al lado de los ultraístas españoles, cubistas franceses, futuristas italianos, expresionistas alemanes, imaginistas ingleses y tantos otros. (113)

Lo dirá cuarenta años más tarde Arturo Usler Pietri (114), redactor en 1928 del editorial de la revista “*Válvula*”, que cobijó la irrupción colectiva de la joven vanguardia literaria venezolana: “La primera noticia que nos llegó a nosotros sobre lo que estaba pasando en la literatura del mundo fue el libro de Guillermo de Torre. Ese libro fue para nosotros una revelación. Porque coincidía con nuestro deseo de hacer otra cosa”. (115)

Posiblemente ilustre sobre preferencias y posibilidades de lectura en aquellos tiempos el traer a colación dos testimonios.

El uno de Pío Tamayo, el noble adelantado de la generación del 28, difusor de ideas marxistas entre los presos del gomecismo entre 1928 y 1934 (116). El otro, el de Arturo Uslar Pietri, también vanguardista pero no en el plano político, puesto que su familia era gomecista, sino literario.

Pío Tamayo participó, adolescente aún, en la pequeña ciudad de El Tocuyo, de un círculo de lectura al que llamaron sus jóvenes integrantes **El Tonel de Diógenes**. Según recuerdo uno de los participantes, entre 1914 y 1917, a la luz de un farol, el grupo leía lo que podía conseguir en bibliotecas de sus familiares y en una poco abundante librería de Barquisimeto: “Historia, literatura, filosofía, versos. Anatole France y Maupassant, Baudelaire y Verlaine, Darwin y Le Bon, Barbusse y Gabriel Miró, Jean Jaurés y Ferrer Guardia. Y Tolstoi, el gran Tolstoi de las barbas blancas y la pasión cristiana”. (117)

Por su parte, Arturo Uslar Pietri, en Caracas y refiriéndose a su preparación para iniciar una búsqueda renovadora de las tendencias criollistas en la literatura, se refiere a la escasa e inconexa formación literaria que adquirió para mediados de los veinte. No tan escasa, diría yo si se tiene en cuenta que a sus dieciocho años:

“Habíamos podido leer en libros conocidos por azar algunos simbolistas como Gormount, D’Annunzio o Eugenio de Castro, la mezcla era sin orden ni concierto. Junto a Oscar Wilde leíamos a los primeros rusos, especialmente a Leonidas Andreiev. Sachka Yegulev y sus cuentos nos produjeron literalmente un deslumbramiento. Pudimos leer también a Korolenko y algunos cuentos de Tolstoi. Llegamos también a Henry Barbusse con su prosa contrastada y expresiva. Y desde luego los españoles de la hora: Valle Inclán, Machado, Azorín, Gabriel Miró. Recuerdo todavía el embeleso con que leíamos entonces **Figuras de la pasión** y **El Obispo Leproso**. Habíamos conocido al Queirós de las vidas de santo, al Kipling del **Libro de la Jungla** y nos había llegado desde la América Austral algún libro de cuentos de Horacio Quiroga”. (118)

En respuesta a otro cuestionario dirá Uslar Pietri que en su iniciación hubo “...muchas lecturas heterogéneas, sin orden, dirección ni propósito. Poesía, novela, viajes, crónicas, Eugenio de Castro, Remy de Gourmont, Gómez Carrillo, Barbusse, Andreiev, Darío, Lugones, Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, Valle Inclán, Guillermo de Torre, en su **Literaturas europeas de vanguardia**, Lorca, la ‘Revista de Occidente’, la ‘Gaceta Literaria’”. (119)

Y ya que se menciona a la “Revista de Occidente”, existen testimonios que destacan el influjo de Ortega y Gasset en nuestra generación del 28. Uno de ellos, del poeta del 18, Fernando Paz Castillo:

“No es raro, por otra parte, que el nombre de Ortega y Gasset acuda fácilmente a mi memoria cuando hablo de esta época. Fue, sin duda, él, uno de los orientadores de estas generaciones. Una de las voces más oídas y más respetadas en el panorama intelectual de la época. Su posición de filósofo elegante, mundano, cautivó la mente de unos jóvenes —me refiero especialmente a los del 28—, que sentían inclinación hacia el mundanismo y hacia las manifestaciones sociales, mucho más, en realidad, que los del 18, ya formados cuando comienza el entonces llamado ‘espíritu nuevo’, por lo que se muestran siempre, en esa hora de urgentes renovaciones, como un poco solitarios, huraños y, en verdad, de hábitos más intelectuales.

Ortega, su ‘Revista de Occidente’, ansiosamente esperada en cada una de sus entregas, y el equipo de hombres que la integran en Madrid, centro espiritual de aquella juventud, ejercieron poderosa influencia, sobre todo entre los del 28, con sus libros, muchos de valor indiscutible y otros de simple actualidad, pero, no obstante, de importancia dentro del panorama, de la cultura occidental”. (120)

También Guillermo Meneses (121) exaltará la importancia de la revista ortegiana:

“De más está decir que era Ortega y su ‘Revista de Occidente’ la cúspide de los conocimientos que de España nos llegaban.

La ‘Revista de Occidente’ significaba información sobre todo lo que se producía en Europa. La ‘Revista de Occidente, nos daba la versión’ española de filósofos, novelistas, tratadistas, alemanes, ingleses, franceses y la vastísima distribución de los nuevos valores de lengua castellana. Alberti y García Lorca figuraron allí, al igual que el cubano Novás Calvo”. (122)

Y, más allá de uno que otro texto o autor, señalará Meneses con cálida emoción el influjo de una España que se aprestaba a vivir la República en un grupo de jóvenes que deseaban derrocar una larguísima dictadura:

“Nos ayudaba a todos –y en alto grado– España. Eran justamente los momentos que preparaban la República. En la dictadura de Primo de Rivera hallábamos –erradamente, porque el general español era muy diferente al que gobernaba nuestro país– un reflejo tambaleante de Gómez. Nos sacudían Unamuno y Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón, Valle Inclán, mezclados con los más jóvenes, con lo que nos mostraban las posibilidades del español contemporáneo...” (123)

Esta influencia española, de la Generación del 98 y, sobre todo de Unamuno y de Ortega y Gasset se prolongó en nuestro país por bastante tiempo, como lo demuestra el recuerdo, contado con la dulce ironía del inolvidable cuentista Orlando Araujo, acerca de sus lecturas e inquietudes filosóficas cuando adolescente, allá por tiempos de la Segunda Guerra Mundial, estudiante de bachillerato en el liceo Simón Bolívar de San Cristóbal:

“No eran lecturas ordenadas por una disciplina académica, sino aventuras emocionantes para volcarlas luego en las tertulias del propio Salón de Lectura o en las discusiones del Centro Filos en el Liceo, donde concurríamos los estudiantes de Tercero en adelante y a las cuales, como invitados especiales asistían Rodolfo José Cárdenas y Valmore Acevedo Amaya del Colegio La Salle. Allí se citaba a Ortega y Gasset y el señor López de Meza sin guardar las naturales diferencias; y no faltaba quien pusiera la nota discordante del materialismo, citando los artículos de ‘El Na-

cional' de Carlos D'Ascoli. Leíamos y hablábamos de Ganivet, de Unamuno, de Azorín. Recuerdo que Rodolfo José desarrollaba cierta vez el tema de las pruebas de la existencia de Dios y por allá se remontó con latín y todo en el 'vanitatis et omnia vanitas', a lo cual yo respondí con el 'plenitudo plenitudinis et omnia plenitudo' de Unamuno. Los estudiantes del Tercer año no entendían, pero se encogían ante nuestro furor. Creo que Rodolfo José y yo tampoco entendíamos". (125)

No sé cuanto entendía. Lo que sí sé es que adolescentes venezolanos de una lejana ciudad andina disputando por exégesis unamunianas, mientras el mundo ardía por sus cuatro costados, constituyen un buen testimonio de la importancia que esa generación, la del noventa y ocho español, ha tenido entre nosotros.

Notas

- (1) Rafael Ángel Rivas. **Fuentes documentales para el estudio de Rufino Blanco Fombona**, p. 34.
- (2) Ibidem, p. 26. Ver también **El proceso contra Rufino Blanco Fombona**, Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, Nros. 64-65-66, enero-junio, 1970, pp.232 sss.
- (3) Ver acotación de Rufino Blanco Fombona, en 1929, a nota en su diario del 8-6-1904. **Rufino Blanco Fombona íntimo**, p. 42. Este libro es una antología hecha por Ángel Rama de anotaciones de tres libros autobiográficos que Blanco Fombona publicó, a saber: **La novela de dos años**, 1929; **Caminos de Imperfección**, 1933; **Dos años y medio de inquietud**, 1942.
- (4) Ver nota de 1942 a página en su diario del 27-1-1928. En **Rufino Blanco Fombona íntimo**, p. 275.
- (5) Nota del 28-5-1904. Ibidem, p. 34.
- (6) Proteico, pluriforme y controversial es denominada por Jesús Sanoja Hernández en su prólogo a Rufino Blanco Fombona, **Ensayos Históricos**, p. XII.
- (7) En **Rufino Blanco Fombona íntimo**, pp. 269-270.
- (8) Ibidem, p. 244.
- (9) El texto de la nominación, a la cual se adhirieron intelectuales de varios países de América, en: Rafael Ramón Castellanos, **Rufino Blanco Fombona. Ensayo bibliográfico**, pp. 318-320.
- (10) Nota en su diario de 1-09-1914. En **Rufino Blanco Fombona íntimo**, p. 238.
- (11) Nota del 28-05-1904. Ibidem, p. 36.
- (12) Ibidem, pp. 35-36.
- (13) Ibidem, p. 313.
- (14) Ibidem, pp. 252-253.
- (15) José Gil Fortoul. 1861-1943. Vivió en distintos países europeos entre 1886 y 1910. Abogado, diplomático, parlamentario. Ministro de Instrucción Pública en 1912 y Presidente Encargado de Venezuela, el año siguiente. Histo-

- riador y filósofo de la historia. Novelista y ensayista, uno de los ideólogos mayores del gomecismo.
- (16) Ver Pedro Penzini Hernández, **Vida y Obra de José Gil Fortoul**, pp. 84-86.
 - (17) *Ibidem*, pp. 121-122.
 - (18) Miguel Eduardo Pardo. 1868-1905. Novelista, cuentista, periodista. Vivió largos años en España y Francia. Publicó, entre 1892 y 1894 la columna “Madrileñas” en “El Cojo Ilustrado”.
 - (19) Miguel Eduardo Pardo, *Todo un pueblo*, p. 8.
 - (20) Pedro Emilio Coll 1872-1947. Cofundador de la revista “Cosmópolis”. Sus obras principales: **El Castillo de Elsinor, La escondida senda, El paso errante**. Ministro, diplomático y congresista del régimen gomecista.
 - (21) Laureano Vallenilla Lanz, **Escrito de memoria**, p. 115.
 - (22) Pedro Emilio Coll, **El paso errante**, p. 24.
 - (23) José Manuel Castañón en el prólogo a **Pedro Emilio Coll**, p. 5.
 - (24) Ramón Gómez de la Serna, **Auto-moribundia 1888.1948**, vol. II, p. 742.
 - (25) Manuel Díaz Rodríguez. 1871-1827. Novelista y ensayista de preciosista estilo. Además de los reseñados publicó, entre otros, **Camino de perfección**, y **Peregrina**. También Ministro, congresista y diplomático del gomecismo.
 - (26) Ver **Manuel Díaz Rodríguez entre contemporáneos** compilación de Fernando Paz Castillo, tomo I, pp. 95-106 y 107-114. “El Cojo Ilustrado” fue la principal revista cultural venezolana. Circuló entre 1892 y 1915.
 - (27) Ver Manuel Díaz Rodríguez, “Sangre de Hispania fecunda” en **Sermones líricos**, p. 235.
 - (28) *Ibidem*, p. 239.
 - (29) *Ibidem*, p. 246.
 - (30) Francisco Antonio Rísquez. 1856-1941. Fundador de Cátedras en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela; fundador de la Academia de Medicina y Presidente varias veces de ella; investigador dedicado al

- estudio y tratamiento de problemas sociales; Rector de la Universidad Central de Venezuela.
- (31) Antonio García Ponce, “Rísquez, olvidado en España”, “El Nacional” 27-8-1991, A-5.
 - (32) Ministerio de Instrucción Pública, Venezuela. **Memoria de Instrucción Pública**, 1913, p.101.
 - (33) Juan Liscano, **Rómulo Gallegos y su tiempo**, p. 114.
 - (34) Ver ‘Necesidad de valores culturales’, “El Cojo Ilustrado”, No. 496, 15 de agosto de 1912. Reproducido en Rómulo Gallegos, **Una posición en la vida**, tomo 1, pp. 82-110.
 - (35) José López Rueda, Rómulo Gallegos y España, pp. 131-136.
 - (36) *Ibidem*, ver testimonio de Isaac J. Pardo, pp. 131-136.
 - (37) *Ibidem*, pp. 24-25.
 - (38) *Ibidem*, p. 133.
 - (39) *Ibidem*, pp. 147 y 29.
 - (40) *Ibidem*, pp. 29-30.
 - (41) Ver José Tomás Jiménez Arráiz, **Recuerdos**, pp. 99-102. Y también testimonio del mismo Jiménez Arráiz en Eduardo Arcila Farías, **1928, responden los protagonistas**, p. 98.
 - (42) José López Rueda, *Op. cit.*, p. 140.
 - (43) Esas conferencias fueron publicadas, en marzo de 1931, por la Federación de Estudiantes Universitarios de Cataluña y Baleares. Ver “El movimiento estudiantil de 1928. Antología documental”, **Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX**, No. 10, pp. 663-701.
 - (44) José López Rueda, *Op. cit.*, P. 148-149.
 - (45) Arístides Bastidas, **Rafael Vegas**, pp. 138-139.
 - (46) *Ibidem*, pp. 131-139. De este grupo de venezolanos, admiradores los más de Azaña y fervientes republicanos en España y, posteriormente, destacados profesionales e intelectuales en Venezuela, será Rafael Vega, médico y educador, Ministro de Educación en los cuarenta, quien tuvo mayor figuración en nuestra historia.
 - (47) Miguel Otero Silva, **Oficina No. 1**, p. 127.

- (48) Idem.
- (49) Miguel Otero Silva. 1908-1985. Humanista, político, periodista, propietario de el diario “El Nacional”. Novelista, autor, entre otras, de **Casas muertas; Cuando quiero llorar no lloro; Lopes de Aquirre, príncipe de la libertad**. Toda su obra está editada por Seix Barral.
- (50) Miguel Otero Silva, “Sobre Cataluña y los catalanes”, en **Ocho palabreos**, pp. 89-90.
- (51) Rómulo Betancourt. 1908-1981. Líder máximo de la Generación del 28. Fundador del partido Acción Democrática. Presidente de Venezuela, de facto entre 1945-1947 y, electo, entre 1959-1964. Político, periodista e intelectual, escribió varios textos de análisis histórico político.
- (52) Su primer libro, conjuntamente con Miguel Otero Silva, se tituló **En las huellas de la pezuña**, publicado en 1929 en Santo Domingo.
- (53) **Archivo de Rómulo Betancourt**, tomo 1, 1917-1929, pp. 42-43.
- (54) Ibidem, p. 41.
- (55) Antonio Arráiz. 1903-1962. Poeta que con **Aspero**, 1924, insurge contra el modernismo. Novelista: **Puros Hombres**, es la novela de la cárcel gomecista. Cuentista. Director fundador del diario “El Nacional”, en 1943.
- (56) Antonio Arráiz, **Suma poética**, pp. 108-110.
- (57) Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, Op. cit., en “El movimiento estudiantil de 1928. Antología documental”, p. 462.
- (58) Ver Aristides Bastidas, Op. cit., p. 48. Y referencia directa del asunto por Isaac J. Pardo, en Eduardo Arcila Farías, Op. cit. p. 78.
- (59) Cecilio Chío Zubillaga. 1887-1948. Intelectual auto didacta, humanista, se expresó a través del ensayo y el periodismo. Animador intelectual y cultural en la provincia venezolana. Precursor de la confluencia de ideas socialistas y cristianas.

- (60) Juan Páez Avila, **Chío Zubillaga, caroreño universal**, pp. 166-167.
- (61) Rafael Pizani. 1909. Abogado, profesor universitario del derecho magistrado. Rector de la Universidad Central de Venezuela, 1943-1944, Ministro de Educación 1958-1960.
- (62) Rogelio Pérez Perdomo, **Los abogados en Venezuela**, p. 358.
- (63) **Cartas de Blanco Fombona a Unamuno** (introducción y recopilación de Marcos Falcón Briceño), p. 6. Destacará Julio César Chaves, **Unamuno y América**, que Unamuno escribirá primero en “El Cojo Ilustrado” de Caracas que en **La Nación** de Buenos Aires.
- (64) *Ibidem*, p. 7.
- (65) *Ibidem*, p. 8.
- (66) *Ibidem*, p. 78.
- (67) Ramón Urdaneta, “Unamuno enjuicia a Gallegos” en **Relectura de Rómulo Gallegos**, pp. 189-193. Citado en José López Rueda, *Op. cit.*, p. 68.
- (68) **Cartas de Blanco Fombona a Unamuno**, p. 55.
- (69) Leonardo Altuve Carrillo, **Yo fui embajador de Pérez Jiménez**, p. 23.
- (70) Raúl Agudo Freitas, **Pío Tamayo y la vanguardia**, pp. 50-51.
- (71) *Ibidem*, p. 51.
- (72) *Ibidem*, p. 58. Según Jesús Sanoja Hernández, Villaespesa publicó en Caracas, además de su drama Bolívar; **La estrella solitaria**; **El encanto de la Alhambra**; **Los conquistadores** y su poema en cuatro actos **El alcázar de las perlas**. Ver prólogo a “La prensa clandestina y otros documentos”, *El pensamiento político venezolano del siglo XX*, No. 11 p. XXIV.
- (73) Raúl Agudo Freitas, *Op. cit.*, p. 59. Lamentablemente no fue Villaespesa el único en incurrir en el desliz del contubernio con un dictador venezolano. En los años cincuenta, Camilo José Cela se paseó por Venezuela con apoyo ofi-

- cial y, en retribución, escribió una pobrísima novela de título y temas venezolanos: **La catira**.
- (74) José Rafael Pocaterra. 1889-1955. Cuentista, autor de **Cuentos grotescos**; periodista, novelista y político. Preso del gomecismo por conspirador entre 1919 y 1921, en los calabozos de La Rotunda escribe **La vergüenza de América**, base de su posterior texto clásico **Memorias de un venezolano de la decadencia**. Embajador ante la URSS en 1945 y ante los EEUU en 1949.
- (75) José Rafael Pocaterra. **Memorias de un venezolano de la decadencia**, 2, p.246.
- (76) Raúl Agudo Freites, Op. cit., pp. 61-62.
- (77) Ibidem, p. 59.
- (78) José Rafael Pocaterra, Op. cit., pp. 246-247.
- (79) Mariano Picón Salas. 1901-1965. Humanista, fundador y primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. Ensayista de temas histórico-culturales: **De la conquista a la independencia**, **Los días de Cipriano Castro**, **Comprensión de Venezuela**, figuran entre sus principales obras. Diplomático. Organizador del Instituto Nacional de la Cultura y Bellas Artes.
- (80) Mariano Picón Salas, **Comprensión de Venezuela**, pp. 212-213.
- (81) Ibidem, p. 212.
- (82) Ver “La prensa clandestina y otros documentos”, El pensamiento político venezolano en el siglo XX, No. 11 pp. XXIV-XXV.
- (83) Mariano Picón Salas, Op. cit., p. 212.
- (84) Juan Liscano, Op. cit., pp. 78-79.
- (85) Miguel Otero Silva, **Fiebre**, p. 171.
- (86) Ibidem, pp. 167-171.
- (87) Fernando Key Sánchez en: **Pío Tamayo, un combate por la vida** recopilación y entrevistas por Sananes, Blanco Muñoz, Tamayo, Mujica, p. 154.
- (88) Rodolfo Quintero en: Eduardo Arcila Farías, Op. cit. p. 75.

- (89) Juan Bautista Fuenmayor, **Historia de la Venezuela política contemporánea**. Citado en: Julio Jodio, **El movimiento obrero venezolano 1850-1944**, p.61.
- (90) Leonardo Rodríguez **La clase obrera en el tiempo de Gómez, 1908-1935**, p.10.
- (91) **Libro Rojo**, p. 101.
- (92) Ver testimonio de Rodolfo Quintero en: Eduardo Arcila Farías, Op. cit., pp.72-73.
- (93) Miles Useche, ‘Bagarranato social’, “El Nacional”, 25-2-1992, A-5.
- (94) Ramón González Escorihuela, **Las ideas antimperialistas y socialista en el Táchira**, p. 114.
- (95) Ver testimonio de Isidro Vallés, en: Eduardo Arcila Farías, Op. cit., pp. 158-159.
- (96) Nelson Osorio T., **La formación de la vanguardia literaria en Venezuela**, p.156.
- (97) María de Lourdes Acedo y Carmen Margarita Nones, **La generación venezolana de 1928**, p. 110.
- (98) Quien acuña el término es Rómulo Betancourt, **Venezuela, política y petróleo**, p. 87. Muchos otros se hacen eco, entre ellos Marcel Granier, **La generación de relevo vs. El Estado omnipotente**, p. 57.
- (99) Pedro Grases, “Instituciones y nombres del siglo XIX, **Obras**, vol. 6, p. 100.
- (100) Julio Rosales, “El Cojo Ilustrado”, p. 74.
- (101) Idem.
- (102) **Antología de la Revista Cultura** estudio introductorio y selección de Lyll Barceló Sifontes y Oscar Rodríguez Ortiz, pp. 283-287.
- (103) Yolanda Segnini, **Las luces del gomecismo**, p. 148.
- (104) Cesia Ziona Hirshbein, **Hemerografía venezolana 1890-1930**, pp. 463-501.
- (105) María Josefina Tejera, **José Rafael Pocaterra: ficción y denuncia**, pp. 25-30.
- (106) Cesia Ziona Hirshbein, Op. cit., pp. 463-501.
- (107) Yolanda Segnini, Op. cit., pp. 153-171.

- (108) Mario Torrealba Lossi, **Los años de la Ira**, p. 183.
- (109) *Ibidem*, p. 184.
- (110) Oscar Sambrano Urdaneta, Prólogo a **Poesías**, de Fernando Paz Castillo. Citado en: José Ramón Medina, **50 años de literatura venezolana**, p. 23.
- (111) Miguel Otero Silva, en revista "Papeles", No. 1, julio 1966. Citado en: José Ramón Medina, *Op. cit.*, p. 61.
- (112) **Los vanguardista españoles 1925-1935** selección de R. Buckley y J. Crispin, p. 428.
- (113) Nelson Osorio T., *Op. cit.*, p. 149.
- (114) Arturo Uslar Pietri. 1906. Novelista, cuentista, ensayista. Se pueden destacar, entre sus novelas a: **Las lanzas coloradas; La isla de Robinson; Oficio de difuntos; La visita en el tiempo**. Como periodista mantiene la columna 'Pizarrón' desde hace varios decenios en una treintena de periódicos de habla castellana. Como político fue Ministro de Educación, de Hacienda y de la Secretaría de la Presidencia en la década del cuarenta. Candidato presidencial en 1963.
- (115) Ver Prólogo de Domingo Miliani en: Arturo Uslar Pietri, **Barrabás y otros relatos**, p. 21.
- (116) Pío Tamayo. 1898-1935. El poeta de "Homenaje y demanda del indio", leído en la Semana del Estudiante de 1928 y en el que reclamaba la libertad para el país. Intelectual autodidacta, exilado entre 1922 y 1926 en Estados Unidos, el Caribe y Centroamérica, participa en movimientos populares e incursiones en la poesía vanguardista. Preso entre 1921y 1934, adoctrina en las concepciones marxistas a grupos de estudiantes en prisión, de la cual sale fatalmente enfermo.
- (117) Raúl Agudo Freitas, *Op. cit.*, p. 139.
- (118) Arturo Uslar Pietri, "Mi primer libro", en **Barrabás y otros relatos**, p. 30.
- (119) Domingo Miliani, **Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano**, pp.40-41.

- (120) Fernando Paz Castillo, en Prólogo a **Poesía** de Pablo Rojas Guardia. p. 11
- (121) Guillermo Meneses. 1911-1969. Jefe de Redacción de “Elite” y Director del Suplemento Literario de “El Nacional”. Cronista de la ciudad de Caracas. Destacó como novelista: **El falso cuaderno de Narciso Espejo; La misa de arlequín**, entre otras. Y como cuentista de, entre ellos: **La mano junto al muro; La balandra Isabel llegó esta tarde**.
- (122) Guillermo Meneses, ‘Nuestra Generación Literaria’, Revista “El Farol”, No. 197. Citado en: Domingo Miliani, **Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano**, pp. 41-42.
- (123) Guillermo Meneses, ‘El número aniversario de Elite de 1930’, “Elite”, 18-09-1965. Citado en: María de Lourdes Acevedo y Carmen Margarita Nones, Op. cit., p. 110.
- (124) Orlando Araujo. 1928-1989. Economista, profesor universitario, autor de **Situación Industrial de Venezuela**. Militante político de izquierda, escribió **Venezuela violenta y Operación Puerto Rico sobre Venezuela**. Notable ensayista y crítico literario: **Lengua y creación de la obra de Rómulo Gallegos**. Excelente cuentista: **Compañero de viaje**.
- (125) En: **El liceo Simón Bolívar** maestros y alumnos cuentan su historia, p.163.